



X

CONTINÚA LA GUERRA EN AMÉRICA.—ATLÁNTICO

1820-1830

Se hace extensiva la Constitución de la Monarquía á las provincias americanas.— Lejos de producir la paz, agrava la situación.—Pronunciamientos, motines é indisciplina del Ejército.—Méjico se declara independiente.—Le siguen Yucatán, Campeche, Guatemala, Honduras y Nicaragua.—Campaña en Santa Fe y Venezuela.—Ríndese Cartagena —Don Angel Laborde, jefe de la Marina.—Sus méritos excepcionales.—Navegaciones y combates.—Batalla desgraciada de Maracaibo.—Piérdese Venezuela.—También el castillo de San Juan de Ulúa.—Cuba y Puerto Rico en peligro.—Alientos de Laborde.—Domina el mar.—Expedición á Tampico.—Acaba la dominación española.—Ocurrencias en el Río de la Plata y en el Brasil.

DEBE admitirse por razonable suposición que, reunidas las Cortes en Madrid después y por consecuencia del triunfo de la rebelión militar iniciada por Riego, creyeran de buena fe dispensar á las provincias ultramarinas el mayor de los beneficios al votar y decidir que les fuera extensiva la Constitución democrática de Cádiz, bandera que venía siendo del partido liberal, y que, á juicio de los diputados, bastaba para hacer caer las armas de las manos rebeldes, y para reconquistar sus voluntades. No otra cosa indican las instrucciones comunicadas al general Morillo, jefe del ejército vencedor de Costa Firme, ordenándole abrir negociaciones pacíficas con los disidentes y dejar el país á su arbitrio, sin más condiciones que la jura de la Constitución española y el envío de representantes al Congreso nacional.



Si así ocurrió en realidad; si no acudía á la mente de los *exaltados*¹ el aforismo rancio de «sálvense los principios aunque se pierdan las colonias», se equivocaron grandemente, porque su determinación acabó de perderlas á tiempo que, según expuesto queda anteriormente, vencido el ímpetu revolucionario en el norte y centro de América, empezaban á gustarse las dulzuras de la tranquilidad.

Todo volvió á revolverse con la llegada de las órdenes y de las nuevas de ocurrencias de España; de la conmoción no escaparon ni la unidad de sentimientos de los españoles europeos, ni la disciplina del Ejército, columnas con las que se hundió al caer, la dominación, como el templo de los filisteos. Poca cosa habían conseguido los americanos aun con ayuda de vecinos tan condescendientes como los de la raza anglosajona, y vinieron á procurársela efectiva y final la discordia, la ambición, los pronunciamientos y motines de la milicia, importados desde el campo de las Cabezas de San Juan.

Empezando por Méjico, donde la autoridad del Virrey merecía respeto y afección², el ejército real puesto á las órdenes de un jefe de prestigio para concluir con el bandolerismo refugiado en la región montuosa, se hizo instrumento de la astucia de Iturbide, que lanzó á la publicidad la primera proclama de independencia, vitoreando al rey Fernando VII. Poco después jefes y oficiales del mismo ejército, en motín odioso, depusieron al Virrey y desbarataron los planes que tenía extendidos para el restablecimiento del orden. Por último, enviado desde España con objeto de procurarlo el teniente general D. Juan O'Donojú, desde el momento de llegar á Veracruz el navío *Asia*, que le transportaba, se avistó con Iturbide, acogió sus pretensiones y suscribió con él un

¹ *Exaltados* y *moderados* eran los calificativos con que se designaba á las fracciones del partido constitucional.

² *Al libertador del mundo, al pacificador y padre beneficentísimo el Excmo. Sr. don Juan Ruiz de Apodaca, conde de Venadito, etc., etc., dedicó esta efusión de la verdad, del amor y del agradecimiento el Dr. D. Agustín Pomposo Fernández de San Salvador. México, oficina de Ontiveros. Año de 1820. Composición poética, 20 páginas en 4.º*



documento reconociendo la independencia mejicana (28 de Septiembre de 1821), que de hecho existió desde entonces, sin quedar por España más que el castillo de San Juan de Ulúa, donde se encerró el gobernador de Veracruz D. José Dávila con la guarnición de la plaza, entendiendo bien el cumplimiento de los deberes de soldado.

Yucatán y Campeche en el mismo año; Guatemala, Honduras y Nicaragua en el siguiente, siguieron el ejemplo de Méjico, desprendiéndose de la coyunda peninsular sin sacudimiento y sin sangre. No tuvieron oposición por parte de los españoles, muchos de los cuales, lo mismo que los de Nueva España, radicaron en el país, al paso que no pocos de los naturales, más avisados, lo abandonaron emigrando á Europa.

Algunas más dificultades encontraron los de Tierra Firme antes de llegar á parecidos resultados, aunque por nadie se pusieran en duda, una vez cumplidas por el general Morillo las prevenciones del Gobierno y embarcado para Cádiz, dejando el mando de las tropas al mariscal de campo D. Miguel Latorre, que si dejaba estipulado con Bolívar un armisticio por seis meses ¹, dejaba también memoria de la inutilidad de iguales compromisos anteriores. Verdad es que durante la suspensión de hostilidades habían de gestionar la prorrogación indefinida comisarios especiales designados para cada región por el Gobierno, que los buscó entre los oficiales de Marina en razón al conocimiento de la tierra y de las personas ², sin profundizar por sí en el de las ideas ³.

¹ Se firmó el 25 de Noviembre de 1820. Torrente.

² Para Venezuela fueron nombrados el brigadier D. José Sartorio y el capitán de fragata D. Francisco Espelius; para el reino de Santa Fe, el capitán de navío D. Tomás Urrecha y el de fragata D. Juan Barri; para el Perú, el brigadier don José Rodríguez de Arias y el capitán de fragata D. Manuel Abreu. A Méjico fué el año siguiente de 1821 el brigadier D. Santiago de Irisarri.

³ Al Gobernador de Cartagena mandó contestar Bolívar estas palabras: «Es el colmo de la demencia y aun más de lo ridículo el proponer á la república de Colombia su sumisión á la nación española, nación siempre detestablemente gobernada, y que es el ludibrio de la Europa y la execración de la América.»—D. Manuel del Busto.—*Campaña del alto Magdalena á principios de 1820. Revista Militar.* Madrid, 1852, t. x.



Pasaron en Cartagena de Indias, donde residía el virrey de Santa Fe D. Juan Sámano, escenas perecidas á las de Méjico: sublevación de regimientos, alboroto de jefes y oficiales, violencia á la superior autoridad, subrogándola; desórdenes aprovechados por los insurgentes para poner sitio á la plaza con fuerzas poco superiores á las que componían su guarnición, después de alojarse paso á paso en los pueblos inmediatos. Cayó en sus manos la fiel y sufrida ciudad de Santa Marta; dominaron las avenidas del Magdalena y de la Ciénega, y establecido el bloqueo marítimo por la escuadra de Brión, quedó completamente cercada desde el mes de Septiembre de 1820, aunque no tan estrechamente que se viera desprovista de recursos.

A principios de Junio del año siguiente penetró en la bahía el mulato Padilla con más de cuarenta embarcaciones de fuerza sutil, que entorpecieron mucho la comunicación de los fuertes entre sí. Dentro del puerto se hallaba el bergantín *Andaluz*, buque pequeño de catorce carronadas, con tres balandras cañoneras, que, por inferioridad á las de los sitiadores, se habían amarrado al abrigo de las baterías. Padilla las atacó bizarramente en la noche del 3 de Julio, y al abordaje tomó tres de los cuatro buques, muerto en la refriega su comandante D. Juan José Carranza, que se sumergió con el *Andaluz*. A esta pérdida siguió la de los castillos de Boca Chica, ocasionada, más que por las acometidas de la escuadra de Padilla, por defección de uno de los comandantes, con que se deslució la acción de los demás cuando traspasaba los límites de la honrosa defensa ¹.

¹ El historiador venezolano D. Rafael M. Baralt consignó que los insurgentes se apoderaron de los buques realistas mientras los oficiales de éstos celebraban una fiesta masónica. Así se lo contarían, pues en prueba de imparcialidad refiere en el mismo capítulo que Babastro, marino italiano que mandaba la escuadra exterior por enfermedad de Brión, desertó, yéndose á la Habana; pero nada parecido refirió D. Ramón Azpurua, venezolano también, en la biografía de José Padilla, que se limitó al hecho de haber sorprendido á *dos lanchas cañoneras* en Cartagena. La historia de Torrente, que deja bastante que desear en punto á pormenores del sitio, tampoco afea con el cargo de descuido en la defensa á los marinos del apostadero. Sobre todas las relaciones, hace fe la del teniente coronel D. Manuel del Busto, titulada *Campana del alto Magdalena á principios de 1820*. Como hijo de ofi-



No obstante la doble desgracia con que se hacía más que difícil la situación de la plaza, la escasez de las provisiones, la serie de malas nuevas de la guerra en Venezuela, el brigadier D. Gabriel Torres, Gobernador, siguió rechazando con altanería las proposiciones que desde el mes de Julio se le hacían para la entrega con honrosas condiciones, y sólo en último extremo de recurso consintió en tratar, ofreciendo someterse si en todo el curso del mes de Septiembre no recibía los refuerzos ó auxilios que nunca dejó de esperar. La capitulación firmada el 22 estipuló, de todos modos, la salida de la guarnición con sus armas y efectos, y el seguro traslado á la isla de Cuba por cuenta de los sitiadores, con otras concesiones no menos honrosas, suscritas de buen grado por los independientes con tal de verse dueños de la llave del reino de Santa Fe, de la principal fortaleza y plaza de armas de la América del Sur, á tanta costa ganada por el general Morillo en 1815 con el título de condado para su linaje.

Campeaba todavía la bandera española en la región de Venezuela al llegar la división naval, salida de Cádiz el 11 de Noviembre de 1820, y mandada por el capitán de fragata don Angel Laborde, comandante nombrado asimismo del apostadero de Puerto Cabello. Las dotes excepcionales de este jefe, la entereza, el vigor, la inteligencia y el sufrimiento, nunca bastantemente alabados, contribuyeron á que por allá flotara el pabellón nacional por más espacio de tiempo que en otras provincias, gracias á la campaña marítima sostenida prodigiosamente sin recursos de ninguna especie.

De los buques destinados á sus órdenes, volvió á España la corbeta *Aretusa* trayendo á los diputados y comisarios de la paz; el bergatín *Facinta* pasó á la Habana, donde fué detenido; lo propio ocurrió con el *Hiena* en Portobelo, quedándole la fragata *Ligera*, una de las de la famosa adquisición

cial de marina y navegante, podía juzgar bien de los sucesos; como oficial de guarnición en el castillo de Boca Chica, presencié los incidentes de ataque y defensa, y al referir con extensión el episodio, considera haber llegado al grado heroico el comportamiento del gobernador D. José del Olmo, anulado por la traición de uno de sus dependientes, que no quiero nombrar, *Revista Militar*. t. x. Madrid, 1852.



rusa, y el bergantín *Hércules*. En Puerto Cabello encontró á la corbeta *Bailén* desarmada por falta de gente y pertrechos, á la goleta *Morillo* y al pailebot *Conejo*, barquitos estos dos provistos de un cañón giratorio de á 8, y el segundo presa hecha á los insurgentes, con algunas flecheras ó barcos del país empleados en la defensa de Cumaná.

Con tales fuerzas hubo de hacer frente, en el curso del año 1821, á los corsarios colombianos, los cuales cambiaron su bandera por la argentina en el breve intervalo que duró el armisticio de Bolívar, por no interrumpir la persecución de nuestro comercio, obligando á Laborde á formar convoyes, á escoltarlos hasta Puerto Rico y defenderlos en la travesía, de los espumadores, que osadamente los acechaban y seguían; pero como la suspensión de armas en tierra no duró más de lo que á la mala fe del caudillo de la independencia convenía, á la necesidad de proteger la navegación se fueron agregando las múltiples de una guerra de malísimo aspecto, desde que la batalla de Carabobo, perdida por el ejército realista, lo dispersó y redujo á condiciones de inferioridad frente al enemigo.

Por una de las inmediatas consecuencias hubo que hacer abandono de la capital, Caracas, y seguidamente del puerto insostenible de la Guaira, donde lució el genio de Laborde acogiendo á los aterrados vecinos fugitivos, embarcándolos con sus efectos y llevándolos con gran orden á Puerto Cabello, no sin recoger los efectos militares de la plaza y clavar su artillería para no ser molestado por las avanzadas de los vencedores.

Consecuencia igualmente tuvo que ser la capitulación de la plaza de Cumaná, cuya guarnición sitiada, sin esperanzas de socorro, después de consumir las provisiones, consiguió las condiciones más honrosas, y fué trasladada á Puerto Rico con armas y equipajes, por cuenta de los separatistas. En la rendición se comprendió á las fuerzas sutiles estacionadas en aquel apostadero; fuerzas de brillante servicio al mando de D. José Guerrero, vencedor en varias ocasiones ¹, muerto

¹ *Gaceta de Madrid* de 17 de Septiembre de 1820.



gloriosamente en combate ganado ¹, sucedido por el no menos bizarro oficial D. Francisco de Sales Echevarría, que resultó indemne en la causa formada para examinar su proceder.

Reunidos en Puerto Cabello unos cuatro ó cinco mil veteranos, resto del ejército real, y en el fondeadero los barcos de guerra y mercantes en que se mantenía la bandera, al paso que por las laderas se reforzaban las fortificaciones del refugio, en el agua extremaba Laborde los expedientes, supliendo con la movilidad y el arrojo la falta de elementos efectivos, ya amagando desembarcos, ya haciéndolos realmente en Vela de Coro ó en otras partes, á fin de distraer á las tropas enemigas del sitio que inauguraban.

La disposición en que estaba al emprender las operaciones parece increíble: la *Ligera*, capitana de su escuadra, único buque de representación, verdadero *Palladium* de la dominación española en aquellas costas, se desmoronaba al hacer movimiento, podridas las maderas. El timón se desprendió de sus goznes en uno de los cruceros; se desencajaban las mesas de guarnición á poco que refrescara el viento; bailaba la arboladura amenazando venirse abajo; mas, según escribía el jefe al Ministerio, había que dejar á un lado á la prudencia y confiarse á la suerte, á menos de darlo todo por perdido ², y por ello continuaba llevando convoyes de gente á Puerto Rico, formando otros de provisiones para la plaza bloqueada, manteniendo comunicaciones con Curazao, de donde se sa-

¹ Archivo del Ministerio de Marina. *Expediciones de Indias*, 29 de Noviembre de 1820.

² Guárdase en la Biblioteca central de Marina, en colección especial que consta de varios tomos, la *Correspondencia del comandante del apostadero de Puerto Cabello D. Ángel Laborde con el Ministro de Marina*. Comprende la relación histórica de los sucesos de la guerra, ilustrada con observaciones importantes, y la íntima y reservada declaración de padecimientos, viviendo en la mayor miseria, sin pagas, sin vestidos, sin ración á veces, reducidas las tripulaciones por efecto de la miseria misma, de las enfermedades y de la desertión; pero sin perder nunca el buen ánimo, anteponiendo á la petición de socorros la seguridad de estar todos dispuestos al sacrificio y de que «sufrir sería su divisa». Son documentos merecedores de publicidad, y que recuerdan el dicho de Quevedo:

De amenazas del ponto rodeado
Y de enojos del viento sacudido,
Tu pompa es la borrasca, y su gemido
Más aplauso te da que no cuidado.



caban recursos, y teniendo siempre en jaque á las fuerzas navales insurgentes, ya en número de 20 buques puestos á cargo del aventurero angloamericano Danells, por muerte del almirante Luis Brión ¹.

Ocurriéronle, naturalmente, contratiempos: el pailebot *Conejo* ² se rindió al bergantín enemigo *Libertador*, de 16 cañones; perdióse la goleta *Galga*, correo de España, batida por otro bergantín, y algún que otro mercante fué aprehendido, mas no sin compensación multiplicada; el mismo pailebot *Conejo*, perseguido, se vió en la precisión de embarrancar en la costa, y la propia suerte tuvieron dos flecheras insurrectas, cayendo las tripulaciones prisioneras. En punto á mercantes, no pocos de los auxiliares americanos, declarados de buena presa, sirvieron al remedio de las necesidades.

Con 450 soldados, puestos en tierra en los Tanques, quedó sometida la península de Paraguaná á fines de 1821 y alentados los que todavía eran fieles á España, motivo para atacar en otra expedición por mar á Vela de Coro con el satisfactorio resultado de rendir en dos días á la plaza, que disponía de 22 piezas de artillería y una guarnición superior á los asaltantes. Se destruyó en esta operación un bergantín de guerra, sostenedor del flanco de la plaza, y se apresó entre los trofeos otra flechera.

Es de considerar el testimonio de admiración de los más interesados, de los vecinos de Puerto Cabello ³, para apreciar el valor de las acciones y el prestigio del jefe de Marina. Mientras la ruinosa *Ligera* estuvo en la mar (que estaba casi siempre), no osaron los enemigos acercar sus buques á Puerto Cabello; lo hicieron al saber que un día había rendido el palo mayor la respetable fragata y había de estar inmóvil necesariamente en tanto se le reponía. Entonces cercaron por tierra

¹ Murió en Octubre de 1821, perdida la fortuna y la vida en obsequio de la independencia.

² Era presa hecha á los insurgentes, armado con un cañón de á 8 y 25 hombres de la dotación de la *Ligera*; lo gobernaba D. Francisco Machado, oficial graduado, muy valiente, y marinero.

³ Exposición al Rey, publicada en la *Gaceta de Madrid* de 4 de Octubre de 1821. Laborde ascendió á Capitán de navío por estos méritos.



y mar á la plaza, llevando 21 bajeles á la boca del puerto: se atrevieron de noche á dar abordaje á los dos pontones de la guarda, si bien con desengaño ¹; hiciéronse ilusiones desvanecidas al ver, tras poco tiempo, otra vez á la vela á la *Ligera*, estimando pocas todas las suyas para huir y dejar la mar libre. Laborde preparó inmediatamente en Curazao convoy de víveres, de que la plaza mucho necesitaba; incorporó al bergantín *Hércules* allí bloqueado, con lo que los rebeldes levantaron el sitio.

¿Qué no haríamos con tres fragatas pequeñas (escribía Laborde) si se nos enviaran?

Faltábale saber que mayor contrariedad y aun desgracia que todas las anteriores le amagaba: el relevo del general Latorre, si bien digno de la distinción con que fué honrado, elevándole á la capitania general de Puerto Rico, de lamentable ausencia en aquel país, que conocía, y en el que era de todos estimado. El general D. Francisco Tomás Morales, que le sustituía en el mando, aunque valeroso, distaba mucho de él en otras condiciones de caudillo.

Desconociendo la importancia de Puerto Cabello, así como la conveniencia de mantenerlo á todo trance, concentró sus ideas en la reconquista de la provincia de Maracaibo, empleando para ello cuantos elementos estaban á su disposición, sin admitir observaciones á los reparos ó inconvenientes, y en principio parecían darle razón los sucesos, porque, según cuenta Torrente, pocas campañas se han visto en América tan penosas en la ejecución y de éxito tan rápido y brillante. Quedó, en efecto, restablecida allí la autoridad real, limpia la laguna de corsarios, apresadas 16 embarcaciones mayores, derrotados por todas partes los separatistas y ocupadas las posiciones estratégicas. Aun á la Marina sonrió la fortuna, pues el bergantín *Hércules* acorraló sobre la costa á una goleta nueva, muy velera, nombrada *Condor*, que se vió en la precisión de arriar bandera ².

¹ Hicieron muy buena defensa, teniendo seis muertos y nueve heridos, y se presumió que la pérdida de los asaltantes sería considerable. Á los primeros disparos acudió Laborde en un bote.

² Era barco primoroso, montaba un cañón de á 18 en cruzía, dos carronadas del



Mas no era esta ligera satisfacción suficiente para disminuir las preocupaciones del jefe del apostadero marítimo.

Yendo las cosas de mal en peor, había manifestado al general Morales, entre los inconvenientes de la expedición á Maracaibo, el muy grave de llevar á los buques á sotavento en el mal estado en que se hallaban, haciendo agua de consideración la *Ligera*, estando reducida su tripulación á 167 hombres; á dos marineros y cuatro grumetes la de la goleta, y en proporción la del bergantín, condiciones en que sería difícil y aun peligrosa la remontada con brisotes á la vuelta. No habiendo sido atendidas las observaciones, después de escoltar á la expedición y de conducir á Maracaibo convoy de viveres y municiones, siguió cruzando sobre punta Macuya, en la costa occidental de la península de Paraguaná, con objeto de prevenir el ataque de la escuadra enemiga, hasta el 25 de Noviembre de 1822, fecha en que, habiendo arreciado las brisas, creció pavorosamente el agua que entraba en la fragata por los fondos, confirmando sus presunciones ⁴

Reunida junta de oficiales el 6 de Diciembre, y examinadas las probabilidades de dominar la situación, sin puerto con que poder contar, pareció que se exponía la vida de la tripulación sin que de su sacrificio resultara utilidad para el éxito de las operaciones, y por unánime acuerdo se determinó arribar hacia la costa meridional de la isla de Santo Domingo, que si bien distante más de cien leguas, era, sin embargo, el punto más próximo no ocupado por los insurgentes.

Fuera prolijo enumerar las faenas que se pusieron por obra para sostener á flote aquel cascajo; la sonda señalaba la introducción de 210 pulgadas de agua por hora, y todos, sin excepción, trabajaban, relevándose cada cuarto de hora, en el duro ejercicio de las bombas, con el que recalaron sobre

mismo calibre á las bandas y dos cañones cortos de á ocho. El capitán G. Samuel Pilot escapó en el bote á tierra con 14 hombres; otros 50 quedaron prisioneros. Con esta goleta se substituyó á la *Morillo*, ya inservible.

⁴ Tanto esperaba Laborde la ocurrencia, que al emprender la campaña predijo el resultado en carta al ministro, de 24 de Noviembre, en que hacía recomendación de su familia.



la isla de Santo Domingo con viento atemporalado, mar gruesa y durísimos chubascos.

Pero aún debía superar á los sufrimientos un rasgo de aquella tripulación agobiada, que á la vista del puerto de salvamento prefirió unánime la prolongación de su mísera existencia y el riesgo de perderla, á una humillación del amor propio nacional. Hé aquí como lo refiere el mismo Laborde ¹:

«Nunca se borrará de mi memoria la noche del 7 al 8 de este mes, en que por repetidas y prolijas observaciones llegamos á hacer cerca de 210 pulgadas de agua por hora, que sólo pudo achicarse á beneficio de dos bombas privilegiadas de doble émbolo y dos sencillas, pero artísticamente montadas y jugadas por la más bizarra y animosa tripulación que sea dable encontrar en el mundo entero, estimulada á más con el noble ejemplo de los oficiales más sufridos y beneméritos que, después de un incesante trabajo durante dos años en la Costa Firme, experimentando cuantas privaciones son imaginables, no se presentaban á la bomba con sus cuarteladas para animarlas á la voz, sino que echando mano de los broncos manubrios de ella, los empuñaban al principio de la tarea para no soltarlos hasta el momento de su conclusión.

»Desde el instante que la urgencia fué conocida, hasta los enfermos desertaron de la enfermería y voluntariamente se presentaron al trabajo ocho de los diez que había, lamentándose los dos restantes de que su estado de postración no les permitiese hacer otro tanto. En estos casos no basta la sola buena voluntad, se requiere á más robustez y costumbre, y la de hacer ocho meses que mi tripulación está casi de continuo con las bombas en la mano, sosteniendo cruceros de cuarenta y más días de duración, les ha dado la fuerza, sufrimiento y constancia necesaria para salir de tan duro aprieto.

»Al amanecer del 8 creí que la proa de la fragata se desmoronaba, así como lo restante de la obra muerta que traté de atortorar, y alivié la proa trayendo hacia el centro seis cañones de la batería principal, y á popa los cuatro del castillo.

¹ Carta documentada, núm. 456, de 22 de Diciembre de 1822. Archivo del Ministerio de Marina. Copia en la Colección referida.



»Á la una y media de la noche recalé sobre la costa de Santo Domingo, según la longitud del cronómetro, algo á barlovento de la isla Vaca, y permaneci sobre bordos cortos hasta aclarar el día 9, que reconocimos hallarnos realmente en la situación indicada. Á dicha hora experimentamos ya una mar llana, una ventolina muy suave y ningún movimiento de balance ni de cabezada; y si bien desde el momento que se dieron los tortores se reconoció una cortísima disminución en el agua que hacíamos, ninguna se advirtió al pasar el buque del estado de agitación al del más cabal reposo, lo que nuevamente me confirmó que cuanta agua hacíamos se introducía por vía de fondos.

»Conseguido ya tener un puerto inmediato y á sotavento, como el de Puerto Luis, hallándose las guarniciones de las bombas en malísimo estado, á punto de que tuvimos industrialmente que suplir la falta de las superiores con rodajas de madera, rota á más la mayor parte de los manubrios, considerando el improbo trabajo de la gente, aunque deseaba hallar ánimo en ella para emprender nuevamente la travesía hasta Santiago de Cuba, no me atreví á resolverlo sin consultar el ánimo de mi tripulación y guarnición; pues aunque repugnaba ponerme bajo la dominación de los negros de Santo Domingo, cosa que, por lo que me es personal, me era más odiosa que la muerte que inmediatamente nos amenazaba, creí, sin embargo, que en conciencia no podía disponer de la vida de los demás con igual desprendimiento. Consideraba á más que en balde tomaría por mi parte la más generosa resolución, si por la de unos infelices que veía agobiados con el continuo y más apresurado trabajo de las bombas, no hallaba igual constancia y robustez. Creí que antes de abandonar las playas de la isla de Santo Domingo debía explorar el ánimo de mis súbditos para medir en consecuencia mis determinaciones, tanto más cuanto que la experiencia de dos años me aseguraba podía contar en el mayor extremo con la más ciega subordinación á mis órdenes, y esto era para mí una nueva razón para no intentar nada sin consultarme con los beneméritos que tengo el honor de mandar.



Don Juan María Villavicencio,
Capitán general de la Armada.





»Consecuente á lo dicho, congregué á mis oficiales, á quienes, como á mí, no asistía más duda para proseguir hasta Cuba, si no es que á la gente la faltase la constancia que hasta entonces habían manifestado, ó que se agotasen sus fuerzas físicas. Quedaba á más que recelar que el mal estado de las bombas, de las cuales ya la sencilla de estribor se hallaba inútil, y los caños de las demás tenían viento, en fuerza de ocho meses de constante uso y del forzado que acababan de experimentar, lo que corregimos precintándolos y arreatándolos con buen meollar de fábrica. En seguida hice concurrir sobre el alcázar á toda la dotación y expuse la situación en que nos hallábamos, el recurso que nos quedaba de tomar á *Port Louis* y asegurar de este modo las vidas de los riesgos de mar, sin poder precaver los de tierra, poniéndose bajo la dependencia de los habitantes y gobierno de Haití; los esfuerzos que se requerían para proseguir hasta Cuba, particularmente si nos sobrevenia alguna calma ó sotaventeásemos de dicho puerto, ó si se nos llegaban á inutilizar de repente las bombas. Nada fué capaz de intimidar ni conmover sus ánimos, y todos prorrumpieron á una voz asegurándome morirían antes al pie de las bombas que consentir que una sola hilacha perteneciente á la nación española cayese bajo la dominación de los negros de Santo Domingo; y acordes nuestras resoluciones, prorrumpieron con la mayor alegría en festivas aclamaciones de ¡viva la nación! ¡viva el Rey!»

Llevada á cabo tan generosa resolución, ocurrió una de las calamidades que Laborde temía; cayó la brisa, quedando la fragata en perfecta calma, pero sin que por ello disminuyera el agua, doblado ya el cabo Tiburón. El segundo herrero, que se brindó á bucear aprovechando aquella circunstancia, hálló en la mura de estribor, á unos 14 pies bajo la línea de agua, un agujero por el que introducía todo el brazo sin encontrar la menor oposición; podridas y hechas fango todas las cabezas de los tablones exteriores inmediatos al alefriz, y levantadas y aventadas varias tablas de aforro.



El dicho herrero, de nombre Juan Dorado, con la espontaneidad y buen espíritu que á todos animaba, introdujo pelotones de masilla y estopa, hasta dejar cerrados, al parecer, los agujeros, sin embargo de lo que ningún alivio se experimentó.

No sabiendo ya á qué arbitrio apelar, recurrieron de nuevo á uno que anteriormente se había puesto en ejecución sin ningún fruto; esto es, á ceñir una vela de sobremesana por debajo de la quilla, abrazando el pie de roda, el tajamar y las amuras, por medio de andariveles, hondas y palanquetas, y, cuando menos se esperaba, encontraron que esta maniobra había contenido el agua en más de la mitad, con lo que la tripulación tuvo algún alivio y descanso.

El día 11 se entabló la brisa, con la que siguieron la navegación; pero con ella volvió á crecer el agua, necesitándose en la mañana del 12 el esfuerzo de las tres bombas que quedaban útiles; felizmente, al mediodía consiguieron atracar al puerto de Santiago de Cuba y fondear en él.

No por ello cesaron las fatigas de su dotación: la actividad del comandante y el deseo de conservar aquella fragata, que, en el estado en que se hallaba, constituía uno de los primeros elementos de guerra, donde tantos se necesitaban, dieron nuevo impulso á aquellos hombres de bronce, y en cuarenta y ocho horas pusieron en tierra la artillería, cureñaje, madera de respeto y viveres, sin dejar de la mano las bombas, pues que seguían en el fondeadero haciendo 150 pulgadas de agua por hora.

No había resistencia humana para más, advirtiendo que ningún resultado se obtenía con tamaños esfuerzos: trasladaron el buque á la ensenada de los Cocos, varándolo en fango suelto, donde se consiguió limitar la entrada á 80 pulgadas. Los maestros mayores del puerto reconocieron entonces el buque, siendo su opinión que no era susceptible de prestar servicio ni aun de moverse de aquel lugar; opinión corroborada el día 26, en que la fragata dió al través, si bien después de haber sacado hasta el enjunque.

Laborde, que no perdía ocasión de elogiar á sus subordi-



nados, recomendándolos con paternal afectó, lo hizo en esta ocasión en los siguientes términos ¹:

«Repetidas veces he tenido la honra de dirigir á S. M., por conducto del ministerio del actual cargo de V. E., las más bien merecidas recomendaciones del distinguido mérito y servicios rendidos por los oficiales, tripulación y guarnición de la fragata *Ligera*, contraídos, tanto en distintas acciones de armas, como en faenas de extraordinario buen desempeño marineró. Asimismo he hecho presente el que han adquirido estos beneméritos servidores de la patria, por su constancia en sufrir subordinados toda clase de privaciones, en medio del más incesante trabajo, y no haberles quedado género de sacrificios que no hayan tenido en poco hacer en beneficio de nuestra santa causa, ni desprendimiento que no hayan practicado de cuanto han llegado á adquirir, cediéndolo todo con indecible nobleza. En la actualidad acaban de demostrar la mayor bizarría en momentos bien críticos y apurados, unida á una perseverancia en las fatigas de difícil imitación, y no cumpliría con el más dulce deber de cuantos me están impuestos si no reiterase á S. M. y á V. E. mis anteriores súplicas, para que se sirva premiar el mérito de estos dignos individuos, cuya relación nominal paso respetuosamente á manos de V. E. ², para que de este modo puedan recaer sobre ellos las gracias de S. M., á las que estoy persuadido se han hecho justamente acreedores.»

Para él pedía..... una fragata con que reemplazar la *Ligera*, considerando que de su pronto envío dependía la conservación ó pérdida de las provincias de Venezuela. Dependía, por lo menos, el temor que el nombre de Laborde inspiraba á los aventureros y corsarios, como prueba el hecho de que, al dejar de oirlo repetir, se alargaron con sus bajeles hasta la isla de Cuba, al sur de la cual rindieron á la corbeta *María*

¹ Con fecha 31 de Diciembre tenía escrito que esta gente animosa, lo mismo que los oficiales, desde la salida de Europa, esto es, pasados dos años, no habían percibido más que mes y medio de sus sueldos, transcurriendo veintidós meses sin recibir un solo maravedí.

² La de los oficiales publiqué en los *Naufragios de la Armada española*, pág. 296.



Francisca, de 22 cañones, batiéndola con otra corbeta de más artillería y tres bergantines ¹.

Cumplióronse esta vez los deseos del Comandante de Puerto Cabello en el de la Habana, donde por mandato del Gobierno se pusieron á su cargo la fragata *Constitución* ó *Sabina* y la corbeta *Ceres*, y no para tenerlas ociosas. El 3 de Abril dió la vela con dirección á Puerto Rico, y desde Aguadilla á su apostadero, donde sorprendió á los enemigos bloqueando. Pusióronse á la vela apresuradamente al avistar á los dos buques españoles, esperando su acometida formados en línea de combate en esta forma: corbeta *María Francisca*, de 22 cañones; corbeta *Carabobo*, de 28, en que arbolaba insignia el comodoro Danells; goleta *Leona*, de cuatro, y bergantin *Independiente*, de 15. Fuera de la línea, á sotavento, situaron á otras tres goletas de guerra, *Manuel*, *Rayo*, *Flor de la Mar* y dos sin armamento. Eran en junto nueve buques.

Laborde se dirigió á toda vela sobre la línea, desde barlovento, atacándola á las cuatro y media de la tarde, á distancia de tiro de pistola, con vivo fuego resistido dos horas. Las corbetas insurgentes, que en este tiempo habían tratado de desarbolar á las españolas, arriaron bandera, dispersándose en el acto los otros dos buques, el bergantin bastante maltratado. No poco lo fué el aparejo de la *Sabina*, partidas las vergas y masteleros de gavia, así como el botalón de foc, perforado en dos sitios el palo mayor y muy lastimadas las velas y jarcias; mas por lo mismo que en el casco recibió poco daño, no hubo en los dos buques más baja personal que la de 17 heridos, mientras que de los insurgentes se registraron 40 muertos, 20 heridos y 300 prisioneros ².

Acabada la función, como por ella quedó alzado el bloqueo de Puerto Cabello y pudo socorrerse á la plaza, reparadas

¹ Ministerio de Marina. *Expediciones de Indias*, 1823. La mandaba el teniente de navío D. Vicente Caamaño.

² Carta de Laborde al Ministro, núm. 473, de 8 de Mayo de 1823. Expediente en el archivo del Ministerio de Marina. *Expediciones de Indias*, 9 de Diciembre de 1823 á 20 de Enero de 1824. Torrente no tuvo exactas noticias al tratar de este suceso.



prontamente las averías, partió Laborde con la fragata, las tres corbetas y el bergantín *Hércules* en auxilio de Maracaibo, donde la situación, de excelente, había cambiado á crítica con la desacertada marcha impuesta á las operaciones por el general Morales. No había cuidado de cerrar la entrada de la laguna á la escuadra insurgente; no la había destruido en el principio, pudiendo, y cuando engrosándola se habían hecho superiores y dominaban las aguas, con decidido empeño, con imprudente resolución inquebrantable, como todas las suyas, determinaba reñir batalla naval, que necesariamente pondría al azar la suerte de la campaña, y daba á Laborde orden terminante de dirigir la acción sin demora.

Tenían los colombianos tres bergantines y siete goletas de guerra ó corsarios, á que habían añadido seis flecheras y tres bongos, sumando entre todos 96 piezas de artillería, cañones y carronadas de grueso calibre, 1.109 marineros, en su mayoría extranjeros, como lo eran los capitanes Chitti, Belluche, Joly, Tono y otros, y para la batalla, que había de mandar el jefe superior Padilla, embarcaron de 700 á 1.000 hombres de tropa.

La escuadrilla real, puesta á las órdenes de Laborde, se componía de más vasos; tres bergantines, doce goletas, dos flecheras, tres faluchos, tres guairos y ocho piraguas; todos, menos las flecheras, buques mercantes con armamento improvisado de una ó dos piezas, así que no sumaban más que 67 cañones de los calibres de 16 á 4. Estaban tripulados por 1.202 hombres en total, y de ellos, separando 90 marineros de la *Sabina*, que acompañaron al Comandante, era el resto gente del país, en cuyo ardor no había mucho que fiar.

Era, pues, considerable la superioridad de los insurgentes en todos conceptos, y todavía tuvieron la del viento, á favor del cual cayeron el 24 de Julio sobre la línea española, dominándola con la altura de sus cascos. La pelea fué, no obstante, reñida, y en no pocos lances parciales, notable; mas el resultado no podía ponerse en duda sin uno de esos favores de la fortuna ajenos á todo cálculo: volado en la refriega el mayor de los bergantines españoles, rendidos ó á fondo otros bu-



ques, á duras penas pudo Laborde retirarse con la goletilla *Especuladora* que montaba, haciendo espaldas á las nombradas *Fulia*, *Salvadora* y *Guajira*, con las flecheras *Atrevida* y *Guaireña*. Gran desastre: pasaron de 400 las bajas de muertos y heridos y de otras tantas las de prisioneros ¹.

Punto por punto se realizaron después de la batalla los temores indicados por el Comandante de marina. La posición en Maracaibo se hizo insostenible y tuvo el general Morales que capitular con los insurgentes el abandono, embarcando con sus tropas para la isla de Cuba. Laborde se dirigió á la misma con sus buques, á fin de poner en seguridad á las corbetas apresadas, y durante su ausencia, estrechada por tierra y mar la plaza de Puerto Cabello, sucumbió también, habiendo prolongado la defensa cuanto pudiera exigir la honra de las armas. Al concluir el año 1823 no quedaba en las provincias de Venezuela un solo puesto por el Rey de España, ni buque que en las aguas arbolase su bandera frente á la colombiana, mostrada ya por estos días en un navío de 64 cañones adquirido de la Compañía holandesa de las Indias, una fragata de 38, tres corbetas y varios bergantines de á 18 y 20, no todos buenos en verdad ²; pero sin igualar á los corsarios, que de colombianos sólo tenían la apariencia, suficientes por el número y la representación para tener en jaque á los pocos del apostadero de la Habana, como prácticamente se advirtió con la rendición de nuestra corbeta *Ceres*, atacada por dos enemigas, en unión de un bergantín y una goleta ³, y con otros combates de resultado distinto, entre ellos el de la goleta *Condor* con otra de superior fuerza, que resultó glorioso á nuestra Armada ⁴, y aun entre los de corsario á cor-

¹ Véanse los Apéndices á este capítulo.

² Comunicación de Laborde.—Comprobándola Baralt en su Historia, consigna que el referido navío, comprado en 80.000 pesos, no les sirvió para nada; siendo más de observar que lo mismo aconteció con las fragatas *Colombia* y *Cundinamarca*, adquiridas en los Estados Unidos; con la corbeta *Bolívar* y el bergantín *Independencia*, bajeles por los que se pagó la suma de 1.068.000 pesos.

³ Carta de Laborde, núm. 498, de 11 de Abril de 1824. Mandaba la *Ceres* don Martín de Espino.

⁴ Véase apéndice, núm. 7 de este capítulo.



sario, el del bergantín *Marinero* con una goleta insurgente, que estando para rendirla, ya desmontada su artillería, se voló la santabárbara, pereciendo el capitán D. Salvador García y 30 hombres más. El resto fué recogido por el insurgente ¹.

En estos meses apresó el teniente de navío D. Agustín Aguilar Tablada con la corbeta *Zafiro* á una goleta grande de ocho piezas, y D. Ignacio Fernández Flores, con la *Aretusa*, á un bergantín de 16, ambos de bandera colombiana; lo cual quiere decir que, tomando la ofensiva desde que se vieron libres en sus costas, venían á hostilizar en las de Cuba.

Otro tanto hicieron los mejicanos, contando con escuadrilla recientemente organizada bajo la dirección del comodoro David Porter, antiguo oficial de la Marina de los Estados Unidos, por lo que se hacía difícil proveer y auxiliar al castillo de San Juan de Ulua, bloqueado constantemente. Dos veces lo verificó Laborde con su división, sin que los enemigos se determinaran á oponérsele; la tercera, dando la vela desde la Habana con las fragatas *Sabina*, *Casilda*, *Aretusa* y dos transportes no tuvo tan buena suerte. Sufrieron huracán el 27 de Septiembre de 1825, con el que desarboló la primera, obligándola á arribar, y dispersas las otras, no determinándose á proseguir aisladas en su comisión ², se encontró el gobernador del castillo, brigadier D. José Coppinger, falto de provisiones, con la guarnición enferma; capituló el 18 de Noviembre, evacuando la fortaleza y pasando á la Habana en buques parlamentarios.

Por no haber sido antes atendidos los constantes clamores de Laborde, á punto estuvieron de crecer los males, toda vez que, saliendo Porter de Veracruz con la escuadrilla mejicana, de acuerdo con las de Colombia, establecieron el bloqueo de Cuba y combinaron planes contra Puerto Rico; mas, antes de que la situación se agravara, llegaron de la Península el

¹ *Gaceta de Madrid* de 14 de Octubre de 1824. Ocurrió la pelea en la costa de la Florida.

² Por ello fué suspendido de empleo el Comandante de la *Casilda* D. Fernando Dominis. Real orden de 31 de Enero de 1826.



navío *Guerrero*, las fragatas *Lealtad*, *Iberia*, *Perla*, el bergantín *Vengador*, con otros buques menores, y unidos á los de anterior destino en el mar de las Antillas, procuraron al jefe, ascendido ya al empleo de brigadier y nombrado comandante general del apostadero de la Habana, fuerza suficiente con que sobreponerse á la de los enemigos. A su vista en encerró en Cayo Hueso Porter, donde fué bloqueado, y aunque por repetición de huracán en los días 5 y 6 de Septiembre de 1826 desarboló completamente el navío de la insignia de Laborde y se desparramaron los demás bajeles con bastante avería, zozobrando y desapareciendo para siempre la goleta *Habana* con cuantos la tripulaban, los bajeles mejicanos no volvieron á salir: su comodoro los desarmó y vendió, restituyéndose á Veracruz en una balandra de pescadores á dar cuenta de su poco lucida campaña.

Laborde consiguió con la presencia de su escuadra, llevando al navío y cinco fragatas por la Costa Firme, ante Cartagena, Santa Marta, la Guaira y Cumaná, que los colombianos desarmaran igualmente todos sus buques grandes, persuadidos de que los perderían en otro caso. Mantuvo constantes cruceros sobre esta misma costa, así como en las inmediaciones de las islas de Puerto Rico, Jamaica, Cuba y Seno Mejicano, limpió los mares de corsarios, y limitado como el dominio español quedaba á las dos islas, organizó el servicio de la Marina en ellas y el modo de ser del apostadero de la Habana como nunca lo estuvo en las épocas de la consignación de Nueva España.

Acariciábanse en Madrid proyectos de reivindicación, que dieron no poco que hacer á la escuadra, sin fruto alguno. Primeramente estuvo fija la atención en Venezuela. Había desembarcado en la Guaira por el mes de Julio de 1826 el teniente coronel de artillería D. José Arizábalo, y sin más recursos que los personales de su prestigio y bizarría, alzó la bandera española, congregó en los campos partidas realistas y llegó á poner en cuidado á los independientes, dando á la campaña seriedad inesperada. Se trató de sostenerle enviando desde Puerto Rico armas, municiones y dinero, volviendo



Laborde con este objeto á cruzar por las inmediaciones, estacionándose en Curazao una parte del año 1827, mas por causas complejas no prevaleció el movimiento ¹.

Durante la ausencia del General de Marina ocurrió en la Habana un incidente que es de consignar. Sólo habían quedado en el puerto, para lo que pudiera ofrecerse, la fragata *Casilda*, buque muy pesado y de malas condiciones marineras, y la *Lealtad*, que en reparación se hallaba atracada al muelle de la machina, desaparejada, con la mitad de su gente y sin cargos ni efectos á bordo. Los vigías señalaron la presencia de barcos sospechosos, y en precaución se dispuso la salida de un convoy de cuarenta goletas de cabotaje, escoltándolo las de guerra *Murte* y *Amalia*. Puestos á la vela, el 9 de Febrero, llegó aviso por tierra de haber sido atacados por un bergantín insurgente de gran fuerza, y de que, acogidos en el puerto de Banes, se defendían dificultosamente del buque enemigo, cuya artillería gruesa y de largo alcance hacía muy desigual la pelea. No era de esperar que la *Casilda* sirviera para el caso de auxiliarlos con oportunidad, por lo que orden se dió á su compañera de verificarlo con urgencia, poniendo á prueba la buena voluntad del comandante D. Melitón Pérez del Camino, y no en balde. Había llegado el aviso por la tarde; en la noche se encapillaron y tesaron las jarcias mayores, y en la tarde siguiente, antes de pasar veinticuatro horas, salía la *Lealtad* por la boca del Morro con lanchas al costado, de las que iba embarcando al

¹ El historiador Torrente culpó del éxito á la Marina, escribiendo (t. III, página 600): «Sensible fué por cierto y muy costosa la equivocación padecida por el comandante general de Marina D. Angel Laborde en esta ocasión. Su no bien calculada creencia de que no existían las indicadas tropas realistas hostilizando á los disidentes, ó de que serían á lo más algunas partidas de facciosos que habian tomado la real divisa para dar una sanción legítima á sus desórdenes, fué causa de que la expedición dirigida con tanto celo por el Capitán general é intendente de Puerto Rico se malograra por no haber querido dicho Laborde permanecer sobre las aguas de Ríochico 40 ó 50 días, como se le habia indicado en la referida isla de Puerto Rico, con cuyo motivo fueron abastecidos sus buques con dos meses más de víveres sobre los tres con que habia salido de la Habana, alegando como causa de su desconfianza el ningún aviso que recibió de la costa en los nueve días que permaneció sobre ella.» Excusado es apuntar que el General no vió las cosas con tan bellos colores.



paso pólvora y víveres. La tripulación se le completó tomando la mitad de las de los buques mercantes surtos en la bahía.

En esta disposición, nada á propósito para entrar en combate, alcanzó el siguiente día al bajel enemigo, que nada hizo por evitar la aproximación. Creyó fuese la *Casilda*, de la que pensaba burlarse lindamente, siendo el buque bergantín redondo, acabado de construir en Nueva York á todo costo, fuerte, velero, con 22 cañones de á 24 y 300 hombres de tripulación de todas naciones, buena gente marinera. Lo gobernaba el comodoro Porter, arbolando bandera mejicana.

Con no poca sorpresa, hubo de advertir en la madrugada del tercer día que la fragata le aventajaba en todas las posiciones ensayadas durante el reconocimiento, por lo que trató ya de huir en popa prolongando la caza cuanto pudo. Alcanzado al fin, hizo bizarra defensa hasta recibir el abordaje, con que fué rendido. Murió Porter con 19 más, resultando 46 heridos de los suyos; de nuestra parte fueron dos los muertos y 17 los puestos fuera de combate. No volvió desde entonces á presentarse buque alguno insurgente por aquellas aguas, aunque con intención hostil y acción común con las otras repúblicas se acercó este año á la costa de los Estados Unidos una escuadrilla de Buenos Aires, gobernada por Mr. Fournier. Únicamente los corsarios y algún pirata estimulado por la licencia arriesgaron el crucero en las vías comerciales, teniendo que sentir de vez en cuando el castigo ¹.

El año siguiente de 1829, después de llegar de España un convoy con tropas, se puso en ejecución la orden soberana de abrir nueva campaña en el antiguo virreinato de Méjico,

¹ Correspondencia del general Laborde con el ministro de Marina. El bergantín mejicano apresado, que se nombraba *Guerrero*, sirvió en nuestra Armada, primero con el nombre de *Cautivo*, y después, cambiado su aparejo en el de corbeta, con el de *Liberal*. A raíz del suceso se publicó en la Habana opúsculo titulado *Partes y oficios del combate sostenido el 10 de Febrero de 1828 entre los buques de S. M., bergantín Marte y bergantín goleta Amalia, y del Gobierno insurgente de Méjico, nombrado El Guerrero, y el del siguiente día 11 entre el expresado bergantín Guerrero y la fragata de S. M. Lealtad, de que resultó el apresamiento de aquél.—Habana, imprenta de Boloña, 1828. 14 páginas en 4.º*



saliendo Laborde de la Habana con el navio *Soberano*; fragatas *Lealtad*, *Resolución*, *Casilda*; bergantines *Cautivo* y *Amalia*, y transportes conductores de una división del ejército de 3.500 hombres, mandada por el brigadier D. Isidro Barradas. Nuestro General, hombre de buena estrella en la guerra, solía verla eclipsada en los temporales: entre el bajo Sisal y los del Triángulo experimentó huracán, que era el tercero de los sufridos en el mismo paraje, y por la fuerza del cual se dispersaron completamente la escuadra y el convoy; mas como la contingencia estuviese prevista en las instrucciones distribuidas, fueron acudiendo los buques á Cabo Rojo, punto de reunión señalado, sin otra falta que la de un transporte, en que iban 500 hombres de infantería. Laborde dirigió la expedición á la punta de Jerez, en cuyo surgidero verificó el desembarco de tropa, víveres y pertrechos á fines de Julio; cooperó á la toma y ocupación de Tampico y de Tamaulipas, donde dejó establecido el cuartel general con buenos auspicios. Tenía avisos de haber arribado á Nueva Orleans el transporte de tropa extraviado, y allá se encaminó, teniendo no poco que entender en las dificultades suscitadas por la mala fe de las autoridades norteamericanas. Vencidas sucesivamente, cuando despachó para Tampico el refuerzo, y en la Habana lo preparaba de mayor entidad, vino á saber que no era necesario. El clima, las enfermedades y las condiciones del jefe Barradas dieron al traste con la empresa. Una capitulación la acabó, volviendo á Cuba los soldados que quedaban en buques parlamentarios ¹.

Nada queda que referir de ocurrencias marítimas en el mar de las Antillas, tras la despedida del dominio de España en el continente, que tal significación puede darse al desdichado intento en la Nueva España. En el Sur ninguno se ensayó después de la evacuación de Montevideo. Gestiones parecidas á las de la pacificación en el Norte se habían entablado por el Gobierno constitucional de España con el de

¹ Diario de la expedición de Tampico, publicado en la *Gaceta de Madrid* de 3 de Noviembre y 3 de Diciembre de 1829. —Correspondencia del general Laborde con el ministro de Marina.—Torrente.—Arrangoiz.



Buenos Aires, llegando los plenipotenciarios á firmar en 4 de Julio de 1823 suspensión de armas por diez y ocho meses y restablecimiento de relaciones comerciales y marítimas como preliminares de un tratado de paz y reconocimiento, no sólo con la República Argentina, sino con las demás que quisieran adherirse; pero con el restablecimiento del poderío real absoluto se rompieron las negociaciones, acabando con decisión de notar. Habiendo votado las Cámaras francesas crédito de 100 millones de francos con destino á la imposición de la autoridad real en España, el Congreso argentino votó igual suma para el sostenimiento de las Cortes en Madrid ¹.

Tales relaciones de mutua conveniencia supo consolidar Portugal con el Brasil, cuando en esta colonia se propagó el afán separatista. Reconoció la independendencia, sin prolongar la lucha estéril sostenida de 1821 á 1825, creando imperio americano, cuya corona ciñó persona de su familia real, y percibió indemnización de un millón de libras esterlinas ².

APÉNDICES AL CAPÍTULO X

NÚMERO I

Carta del comandante del apostadero D. Angel Laborde, participando al de la Habana, con fecha 14 de Agosto de 1823, el combate naval de Maracaibo.— Extracto.

Excmo. Sr.: Llegado al castillo de San Carlos, lo comuniqué al general Morales por medio de su edecán D. Manuel Mata, asegurando que por las exposiciones que le había dirigido desde Curazao debía inferir que no venía á suscitar argumentos, suponiendo que las reflexiones que anteriormente le había hecho debían bastar, y sólo, sí, venía á batirme si la serie

¹ Convención preliminar acordada entre el Gobierno de Buenos Aires y los comisionados de S. M. C. en 4 de Julio. Proyecto de ley de la misma fecha. *Gaceta de Madrid* de 23 de Octubre de 1823.—Arcos, *La Plata*.

² Calvo.—Arcos.



de las suyas le hacían aún persistir en permanecer en Maracaibo y hacerlo pender todo de una acción marítima contra fuerzas tan decididamente superiores como las que había dejado introducir en la Laguna, sin que fuese dable reforzar la nuestra, no digo para superarla, pero aun para equilibrarla, tanto por el mayor porte de los buques, superioridad de artillería, de gente de mar y pericia marinera, como por la más ventajosa posición para disponer el modo y momento de la acción desde la costa de barlovento: que sentía verme obligado á operar en un paraje para mí absolutamente desconocido, y tener, de consiguiente, que obrar subordinado á los conocimientos prácticos de otros, con unos elementos cuya consistencia ignoraba, así como á punto fijo la del enemigo; pero que, sin embargo, contase con nuestra buena voluntad, único dato de que podía de antemano responder con toda seguridad en nombre de todos.

Desde luego traté de enterarme del estado y posición en que se hallaban situadas la fuerza sutil y la escuadrilla, y para ello, al amanecer del día siguiente pasé al punto denominado del Moján, á donde se hallaba la primera, compuesta de las dos flecheras *Atrevida* y *Gairena*, ocho piraguas del país, tres faluchos pequeños y tres guairitos, y de luego á luego vine en conocimiento de que, excepto las dos flecheras, todas las demás eran embarcaciones de ninguna diligencia ni movilidad, tanto al remo como á la vela, mal aparejadas, dotadas de muy poca marinería, y ésta, gente del país, de suma endebles y de ninguna aptitud militar y marinera. La tropa, excelente tal vez en tierra, se hallaba aglomerada en estos buques y como fuera de su elemento. Lo atemporalado de la brisa no me permitió poder pasar en aquel día á revistar los buques de nuestra escuadrilla, surta en Zapara, y así tuve que demorar esta operación hasta el día 16 de Julio, y su vista no me presentó más aspecto que el de la fuerza sutil; todos los buques de muy corto porte, la mayor parte mercantes recién llegados, algunos aún con la carga que trajeron dentro de sus bodegas; otros, corsarios de corta entidad, escasamente aparejados, peor tripulados, con muy poca ó ninguna marinería de aptitud, mal artillados, dotados y guarnecidos.

La situación de la fuerza naval enemiga no me permitía entonces reconocerla, por hallarse oculta al abrigo de punta de Palmas, ni posteriormente he podido formar un cabal estado de ella. Sin embargo, puede graduarse con suficiente aproximación, tanto por las declaraciones de algunos desertores como por lo visto en los diferentes encuentros que hemos tenido. La primitiva fuerza con que el enemigo entró en la Laguna tuvo mayor incremento, tanto por el apresamiento que hicieron de la flechera *Barinesa* cuando se posesionaron de la ciudad de Maracaibo el día 16 de



Junio, como por adquisiciones y recursos que hallaron en otros puntos de la mencionada Laguna; y viénese en conocimiento de la decidida superioridad de la fuerza enemiga sobre la nuestra, prescindiendo de la ventaja de reunión de fuegos en un mismo buque, su mayor dominación de altura de bordo, superior andar y estado de armamento, tripulados todos ellos con marinería corsaria de excelente calidad y mandada por hombres inteligentes.

Aproveché los momentos de alistar el todo para empeñar una acción decisiva, que, por otra parte, hubiera deseado evitar honestamente, compulsando los grandes obstáculos que teníamos que superar, sin que por nuestra parte militar hubiera más dato á nuestro favor que la más decidida voluntad de arrostrarlos todos con serenidad; pero de luego á luego conocí era preciso probar suerte, que algunas veces ayuda á la audacia, pues que cuantas mañosas insinuaciones había dirigido al General en jefe, habían sido infructuosas para hacerle desistir de la idea de hacer pender la suerte de su ejército y de las provincias de Venezuela de una acción marítima en la Laguna con medios tan conocidamente inferiores á los del enemigo.

Antes de concluir mis preparativos para marchar comuniqué al General la idea de una diversión hecha por nuestras tropas hacia los puertos de Altagracia, que hubiera podido tomar por la espalda las baterías de los enemigos y contribuir al suceso de mi empresa.

Emprendido el paso del Tablazo, al amanecer del 21, no pude lograr salir de él en el dicho día, porque á las once de la mañana calmó el viento, y á poco saltó á la parte del Sur, contrario á mi derrota, lo que, unido á la marea menguante, me obligó á fondear, y lo verifiqué inmediato al bajo del Cascajal. En esta situación pude hacer reconocer el desemboque del Tablazo, que encontré desembarazado; pero levantadas todas las balizas que conducen á él, y que, por lo tanto, hice restablecer, aunque venían á quedar colocadas más inmediato á los enemigos que á nosotros, y las podía inutilizar durante la noche.

Al amanecer el 22 volví á ponerme á la vela; encontré las balizas que había colocado, y logré desembocar, sin que el enemigo hubiese variado su posición de punta de Palma. Á la misma hora de la mañana, y por las mismas causas, tuve que volver á dar fondo, rebasados todos del bajo Atravesado, excepto algunos buques de la retaguardia de la escuadrilla, que, á pesar de su poco calado y alijo, quedaron varados en él. Esto no me impidió formar con los demás una línea de frente para cubrirla si el enemigo, favorecido del viento y marea y de esta circunstancia, intentaba atacarme.



En efecto, así lo verificó, pero sólo con su fuerza sutil, que trabó un cañoneo, sostenido por más de una hora, con la nuestra de primera línea. Vista la superioridad, buena disposición y agilidad al remo y vela de los enemigos, hice replegar esta primera línea sobre la segunda, que formaban los buques de la escuadrilla, intercalando aquélla entre los claros de ésta. En razón de la maniobra, la fuerza sutil contraria se replegó también sobre su escuadrilla, al abrigo de punta de Palma.

Esta inmovilidad de los enemigos en dicha posición me inducía á creer estar resueltos á esperarme en ella, favorecidos de sus tropas de tierra y baterías establecidas en la costa. Indicado estaba lo conveniente de la ejecución de la idea, que con anterioridad había presentado al General, de verificar un desembarco sobre la costa oriental para batir las tropas del insurgente Manrique, ó mantenerlas en respeto para que no pudiesen dar auxilio á su escuadrilla.

Al día siguiente, tan pronto di la vela, lo ejecutaron los enemigos poniéndose á ceñir mura babor con brisa frescachona del Este, y como que demorándome punta de Palma en el tercer cuadrante tuviese que empezar navegando arribado para doblarla, y que luego, doblando este punto, corre la costa del Noroeste al Sudeste, es evidente que al formar y desplegar mi línea de combate, los enemigos debían quedarme á barlovento, esta ventaja y su superior andar me impidieron entrar en acción como lo deseaba.

Quedando ellos dueños de empeñarla ó evitarla, trabamos un duro cañoneo, navegando ambas fuerzas amuradas por babor, que nunca quisieron los enemigos hacerlo más eficaz cerrando las distancias sobre nosotros. Serían las once de la mañana cuando, rebasado de la isla nombrada Capitán Chico, y rendido el bordo sobre la costa de enfrente, al sur de los puertos de Altagracia, reviré sobre los enemigos, que, para evitar el encuentro, hicieron lo mismo; visto lo cual y que la brisa calmaba, queriendo evitar que las corrientes pusiesen en dispersión los buques de mi mando, fondeé al sur de Capitán Chico, formando primera línea á longo de costa con la escuadrilla, y entre ésta y aquélla la fuerza sutil. Los enemigos á poco dejaron caer las anclas en los puertos de Altagracia.

Llegado á este punto, y tomada por los contrarios la posición que dejo dicho, conocí que sólo podía ser dueño de la acción esperando una mano de viento del Sur, frecuente ya en esta estación, pues que quedaba entonces á barlovento; pero había al mismo tiempo que considerar que teniendo así que dar el ataque sobre una costa guarnecida de tropa enemiga, á donde debían aconcharse cuantos buques quedasen desmantelados, convenía tomar posesión de dicha orilla.



Amaneció el día 24 en calma, por lo que bajé al punto de la costa que tenía por el través, llamado la Hoyada, á donde debía concurrir el General en jefe, y, estando tratando de estos particulares, á las once del día, empezó á soplar la brisa, en cuyo instante noté se ponían los enemigos á la vela, por lo que inmediatamente me restituí á los buques é hice la señal de zafarrancho, acoderarse y prepararse á batir.

Precedieron varios movimientos indecisos de estos buques, que por algún tiempo me hicieron fluctuar sobre si su objeto sería venirme á atacar, pasar al fondo de la Laguna ó restituirse á su antigua posición de punta de Palma. Cesados éstos, pude conocer que los enemigos, favorecidos del viento y de la marea, desde luego se habían decidido á venirnos á atacar, y que en vista de lo dicho, y considerando el estado poco maniobrero de los buques de mi mando debía esperarlos al ancla, á donde los tenía colocados en buen orden, cosa que no me sería dable conservar ni restablecer dando la vela, y, por lo tanto, me resolví á ello, mandando, sí, á la fuerza sutil diese la vela y se pudiese en aptitud de reforzar y sostener la cabeza septentrional de la línea que formaban los buques de la escuadrilla, punto que preveí sería el primer atacado, como más inmediato al enemigo, y que desde él y prolongando dicha línea debían extender su ataque.

La escuadrilla enemiga formó línea, y abiertos por babor y con vela moderada, se empezaron á mover sobre la nuestra hacia la banda de fuera. Al mismo tiempo su fuerza sutil, á remo y vela, se dirigía, según preveí, en disposición de poder atacar la cabeza de nuestra línea, si la hallaba desamparada, ó bien dirigir á otro punto más ventajoso su ataque, si la encontraba reforzada, pues á todo le daban lugar las circunstancias del tiempo, su grande movilidad al remo y lo bien tripulado de sus esquizones.

No contento con indicar por señal y con toda anticipación á la fuerza sutil la orden de cubrir la cabeza de nuestra línea y hacer frente á la contraria, envié al guardia marina D. José Malpica en un esquife, para que enterase á D. José Antonio Zavala, comandante de ella, y que montaba la flechera *Atrevida*. Sabía que por parte de Zavala y la de D. Juan Gelpi, que mandaba la denominada *Guaireña*, el todo tendría mi exacto cumplimiento, pues disponían de dos buques aparentes para el caso y ser ambos hombres ejercitados y en continuo servicio hacia años en el apostadero de mi mando; así como esperaba poco auxilio de lo restante de nuestra fuerza sutil, reducido á piraguas, que siendo meras embarcaciones de carga, de poco calado y muchos anchos, sin palamenta de remos competentes, corta y malamente dotadas y esquizadas, son tan inútiles al remo como á la vela y sólo buenas para empleadas en su habi-



Don Ángel Laborde,
Jefe de Escuadra.





tual ejercicio, que lo es el de proveer de plátanos y más comestibles á la ciudad de Maracaibo.

Las dos flecheras indicadas, seguidas de los faluchos, trabaron cañoneo con la fuerza sutil enemiga, al tiempo que, ya próxima su escuadrilla á la nuestra, mandé romper el fuego, que se trabó á corta distancia y muy nu trido por todas partes, haciéndose la acción general.

Recelando que los enemigos, prevalidos de la superioridad de su fuerza, intentasen á más emplearla exclusivamente sobre una parte de la nuestra, comisioné al teniente de fragata D. Miguel de Valenzuela para que pasase en el bote de la goleta *Zulia* á la cabeza meridional de la línea de nuestra escuadrilla, para que á los buques que pudiesen quedar inactivos los hiciese enmendar ó dar la vela, replegándose sobre los demás para reforzarlos; lo que obligó al enemigo á extenderse por toda la línea de ataque tan pronto notaron esta maniobra.

Desde este momento la acción quedó empeñada en todos los puntos del modo más activo y sangriento, con un tremendo fuego de artillería y fusil á quemarropa, ya dando ó recibiendo abordajes, menos las ronceras, piraguas que, por su mala disposición, no pudo Malpica lograr se moviesen ágilmente, por más que hizo.

Sería tarea imposible referir á V. E. las pruebas de serenidad, valor y heroica constancia con que todos los buques de mi mando sostuvieron una acción contra fuerzas tan decididamente superiores, llevada hasta el punto de que, volados algunos de nuestros buques, varados y echados á pique otros y generalmente desmantelados los demás, fué fuerza sucumbir, y que este evento siguiese el curso indispensable que debía seguir, no mezclándose para alterarlo alguna imprevista y extraordinaria circunstancia. Sin embargo, expondré á V. E. algunas que le demostrarán el ardimiento, empeño y calor de este combate.

Merece distinguidas alabanzas la serenidad con que el capitán de la pequeña goleta *Rayo*, D. Antonio Pascual, graduado de teniente de ejército, sufrió el ataque de uno de los bergantines enemigos, así como el abordaje de una goleta y fuego de una parte de la fuerza sutil contraria.

El bergantín-goleta *Esperanza*, mandado por el bravo D. Federico Heytmán, fué abordado por un bergantín, después de acribillado y destruído por el superior y dominador fuego de este buque, teniendo el disgusto de verlo volarse, y según aseguran declaraciones contestes, á resultas de despecho de Heytmán, que había jurado poner fuego á la santabárbara antes que permitir que su buque cayese en poder de los contrarios.

La goleta *Zulia*, tripulada con la gente de la fragata *Constitución* (ó *Sabina*), y mandada por el intrépido D. Pedro Lamaisson, cuya mérito



tengo á V. E. hecho presente en mis anteriores oficios, se distinguió sobremanera en esta acción. Este buque, que no es otra cosa que una mera goleta de carga, fué abordado á un mismo tiempo por dos goletas enemigas y por ambas bandas; mas no se hubieron prolongado borda con borda con él, cuando fueron rendidas.

El bergantín goleta *Riego*, mandado por el acreditado D. José Cándamo, capitán de milicias, se comportó con el mayor brío, y hubiera sido de desear que un marino tan bravo se hubiese hallado en el caso de poder disponer de una tripulación acostumbrada al ejercicio de la mar más de lo que estaba la suya.

El bergantín *San Carlos* fué puesto igualmente fuera de combate. Las goletas *Mariana*, *María* y *Cova*, mandadas por los valientes D. José María Montes, antiguo comandante de la flechera *Nuestra Señora del Valle*; D. Agustín de Castro, que antes de ahora tengo recomendado á S. M., y D. Fernando de Cárdenas, piloto de la clase de particulares, se distinguieron en esta acción; mas todos estos heroicos esfuerzos y sacrificios no pudieron ser bastantes para superar la decidida y ya para entonces demostrada superioridad del enemigo, que aunque prevista y calculada por los inteligentes, necesitaba acrisolarse por la experiencia para los que no lo eran.

Entonces, situado yo con la goleta *Especuladora* á menos de tiro de pistola, en el claro de entre el bergantín *Esperanza*, que hacía rato se había volado pasándonos por encima sus destrozos, y de la goleta *Zulia*, rodeado ya de la fuerza sutil enemiga, suspendí el ancla y traté de reunir á mi alrededor un grupo de buques que, opuesto al enemigo, permitiese á los nuestros zafarse y replegarse sobre Maracaibo, siendo á más mi principal afán librar á la *Zulia*, sobre la cual había cargado el principal esfuerzo de los contrarios, y para ello empleé las medidas más activas, ya por medio de señales, ya á la voz, ya por los activos y valientes alféreces de fragata D. Cayetano Pilon, D. Pablo Llanes y guardia marina D. Juan Calderón, los que ejecutaron mis órdenes con una serenidad y precisión dignas de todo elogio; mientras que, por otra parte, el teniente de fragata D. Miguel de Valenzuela y guardia marina D. José Malpica obraban en conformidad de las instrucciones que les tenía dado.

Pude de este modo imponer y contener al enemigo, logrando desembarazar á la *Zulia*, sostener su retirada, así como la de la fuerza sutil, goletas *Salvadora*, *Guajira* y *Especuladora* y flecheras *Atrevida* y *Guairéna*, con cuyos buques pude entrar á las cinco de la tarde en el puerto de Maracaibo, perseguido de los enemigos hasta debajo del tiro de la plaza, quedando los demás buques volados, á pique, varados y en poder de los ene-



migos, sin más satisfacción que pueda compensar tan dolorosa pérdida que la de haber dado un público testimonio de nuestra subordinación, y haber vendido caro á los enemigos las ventajas, que han debido únicamente á la superioridad de sus fuerzas.

Nuestra pérdida ha sido considerable, cual puede inferirse de lo dicho y de una acción que aún se sostenía por gente al nadar, arrojada de sus buques; mas no puedo graduarla exactamente, ignorando el número de prisioneros, como el de los que hayan podido coger la costa y salvado. Sí puedo asegurar que la del enemigo debe haber sido tal vez mayor, por lo muy repletos que traían sus buques de tropas, pues aseguran contestes algunos pasados que en los puertos de Altagracia, en la noche del 23 al 24, embarcaron un refuerzo de 900 infantes sobre los que ya tenían en sus bordos.

A las nueve de la noche del 25 salí de Maracaibo en cinco esquifes con los individuos de las dotaciones de la fragata *Constitución* y corbeta *Ceres*, que pude recolectar, y evitando los apostaderos de buques, logré llegar al castillo á las once de la mañana siguiente, y cumplidas las órdenes del General en jefe, salí de la barra al mediodía del 27 en un pailebot mercante holandés, dando fondo en los Taques el último de mes. De este surtidero dí la vela en la mañana del 2 del presente con la fragata y corbeta. Dios guarde á V. E. Fragata *Constitución*, surta en Curazao, á 14 de Agosto de 1823.—Excmo. Sr. D. Miguel Gastón, Jefe superior de las fuerzas navales de la América septentrional.

NÚMERO 2

Relación de la batalla naval de Maracaibo en la «Historia de la revolución hispano-americana» de D. Mariano Torrente.

Parece que el general Morales estuvo resuelto desde el principio á fiar la suerte de aquella campaña á un combate naval, y se observó que todas sus disposiciones se dirigían á este objeto. El brigadier Calzada había sido enviado por Morales al castillo de la Barra para alejarlo de su persona, temiendo que el estado de pugna en que se hallaban ambos pudiera entorpecer las operaciones de la guerra, y alegando asimismo varias quejas contra el citado Calzada. El capitán de navío D. Angel Laborde pasó el 18 de Julio (1823) con 90 hombres á este punto, dejando en crucero sobre los Taques la fragata *Sabina*, la corbeta *Ceres* y el bergantín *Hércules*, que por su mucha cala no pudieron ser introducidos en la Laguna. Aunque Laborde se esmeró en hacer ver á Morales las funestas consecuencias del cho-



que que trataba de empeñar, se obstinó éste en que se efectuase á todo trance, esperando que el mayor número de sus goletas y la buena calidad de las tropas que pondría á su bordo harían ilusoria la ventaja que le llevaba el enemigo en la mayor altura y capacidad de sus bergantines y en su mejor artillería.

Viendo Laborde que era inútil toda objeción y reparo, y temeroso de que pudiera ser atribuído á cobardía su negativa de salir con dicha escuadrilla á buscar al enemigo, según le había ordenado el citado General por el coronel D. Narciso López, por cuyo conducto le significaba la grave responsabilidad que le resultaría de la falta de cumplimiento á sus irrevocables disposiciones, se arrojó sobre el enemigo, poseído su ánimo de la mayor tristeza y del más funesto presentimiento.

Le esperaba aquél á la otra parte del Tablazo, en punta de Palma; se empeñó un vivo cañoneo en este primer reconocimiento, sin más resultado que el de haber tenido algunos muertos y heridos por ambas partes; si bien, según algunos testigos presenciales, habría podido el jefe realista conseguir en este día un triunfo glorioso si hubiera empeñado un combate formal, que parece se presentaba del modo más favorable.

Situado Laborde en las inmediaciones de Capitán Chico, se estaba disponiendo á dar el ataque general en el día 24, y ya no esperaba más que la entrada del viento para mover sus buques, cuando los enemigos, que lo tuvieron favorable, y tal vez deseosos de anticiparse á los planes de los realistas, se dirigieron sobre éstos, quienes, por hallarse fondeados, fueron inferiores en sus maniobras á los contrarios, los que recorrían libremente la línea y causaban considerables quebrantos.

Ambas partes pelearon, sin embargo, con la mayor obstinación y furor; pero venció quien tenía más elementos para asegurar la victoria; la escuadrilla realista fué completamente destrozada: tres de sus buques se volaron espantosamente; la mayor parte de los demás cayó en poder de los contrarios; cerca de 900 hombres fueron puestos fuera de combate. Ni fué ésta la sola ventaja obtenida por los rebeldes, sino que, representando con reprehensible energía una parte de la oficialidad europea contra la marcha del ejército en busca de nuevos riesgos, se vió el general Morales en la precisión de capitular el día 25, mediante pactos sumamente honrosos, en medio de aquella menguada desgracia, habiendo sido uno de ellos su traslación á la isla de Cuba por cuenta de los insurgentes.

Aunque los realistas podían contar todavía con unos 3.000 combatientes, llegaron poco más de 1.000 á Santiago de Cuba; los demás se quedaron en el país, y entre ellos no pocos europeos.



NÚMERO 3

Relación de la batalla naval de Maracaibo por los historiadores venezolanos.

Don Ramón Azpurúa, en la biografía de José Padilla, escribía:

«El coronel Padilla se dirigió á Maracaibo á reforzar la escuadra bloquera y tomar el mando de ella en jefe. Componíase ésta de la corbeta *Constitucional*; de los bergantines *Bolívar*, *Marte é Independencia*; de las goletas *Espartana*, *Atrevida* y *Terror*, y de tres flecheras. Su punto de recalada era en los Taques.

»En este punto permaneció Padilla con su escuadra hasta principios de Mayo, y de allí salían sus buques por diversos cruceros á hostilizar á Morales, apresando los auxilios que se le enviaban de las Antillas.

»Dadas por Padilla las disposiciones convenientes, determinó atacar la barra, y el día 7 de Mayo, á las cinco y media de la tarde, fondeó su escuadra al frente del castillo de San Carlos, guarnecido con tropas de Morales. Al amanecer del 8, hecha la señal de leva, la escuadra se dirigió á la barra en línea de combate, y pasando por entre los fuegos de los castillos de San Carlos y el opuesto, logró con su intrepidez hacer surcar sus naves sobre las aguas del Zulia, con sólo la pérdida del bergantín *Peacock*, que fué varado; y aunque murieron algunos de sus leales servidores, se salvó la mayor parte de los jefes, oficiales y tripulación, quedando el barco á pique.

»Padilla y sus dignos compañeros de armas Beluche, Jolú y Chitti se cubrieron de gloria llevando á cima una empresa de las más audaces que presenta la guerra de la independencia.

»Situada la escuadra republicana frente de Maracaibo, provocaba á la enemiga, que siempre esquivó el combate; pero vuelto á la punta de Palma, fué atacado por la española el día 20.

»Trabado el combate, los enemigos trataron de abordar uno de los barcos mandado por el capitán Beluche, que se distinguió como de costumbre; y al fin tuvieron que retirarse, perdiendo la goleta *Margarita* y los capitanes de navío (*sic*) Francisco de Sales Echevarría y Manuel Machado. Padilla recibió también una contusión de bala en la cabeza.

»En el *Moján* atacó Padilla las fuerzas sutiles de los españoles, que logró maltratar, pero no destruir; y en las cercanías de Maracaibo volvió á atacar la Armada española, que huyendo se acogió al puerto.

»Anclada la escuadrilla republicana en Altagracia, avistó unas embarcaciones en que el enemigo remitía al castillo de San Carlos todos los en-



fermos que tenía y los enseres de los hospitales. Perseguidas por aquélla, muy pocos individuos pudieron escaparse arrojándose al agua, y fueron tomadas 11 embarcaciones.

»En combinación Padilla y Manrique, determinaron dar un golpe de mano á la ciudad de Maracaibo, y se dirigen á ella el 16 de Junio. La escuadra empezó el ataque contra una de las fortalezas, poniéndose los buques debajo de las baterías á tiro de metralla; y á las cinco de la tarde, en que se habían reunido las fuerzas, se trabó un reñido combate en las calles, que fué necesario ir ganando una en pos de otra. A las siete de la noche los republicanos eran dueños de media ciudad, lo que, sabido por Padilla, desembarcó en el muelle el resto de la división, y continuó el combate con el mayor encarnizamiento hasta las diez de la noche, en que el enemigo fué completamente derrotado.

»La escuadra había sufrido cerca de Maracaibo un temporal tan violento, que á dos goletas se les rompieron sus cables y encallaron cerca de la costa; pero fué tanta la actividad de Padilla y tanto el acierto de sus medidas, como útiles fueron para Colombia y gloriosas para su autor.

»A pocos días llegó al puerto de los Taques el capitán de navío D. Angel Laborde, marino experimentado al servicio del Gobierno español, y que acababa de triunfar de la escuadra republicana al mando del capitán Taniell (*sic*), en la costa de Puerto Cabello.

»Padilla esperó á Laborde en la punta de Palma, acoderados á tierra sus buques mayores y las fuerzas sutiles, después de haber embarcado 771 infantes de los mejores soldados. El enemigo tenía á bordo un número mayor de veteranos.

»El 23 de Julio amaneció la escuadra española formada en línea, y el general Padilla visitó cada uno de sus bajeles, exhortando á los jefes, oficiales y tripulaciones á que cumplieran su deber. El 24 el viento no era favorable hasta las dos de la tarde, y después de un movimiento estratégico, ejecutado con las fuerzas sutiles, levó anclas la escuadra colombiana en la debida formación. Cerca de las cuatro el enemigo rompió el fuego, y como la última señal que se había dado por Padilla era la de abordaje, ninguno de sus buques disparó un cañonazo hasta que los penoles se estaban tocando. En ese momento empezó un fuego horroroso de artillería y fusilería. El bergantín *Independiente*, en que iba Padilla, atacó y rindió al *San Carlos*; el *Confianza* abordó á una goleta; la *Emperatriz* tomó el bergantín *Esperanza*, que, incendiándose, voló, dejando al *Marte* y otros buques de la escuadra republicana cubiertos de humo. El *Marte* se apoderó de algunas embarcaciones enemigas, y los demás bajeles llenaron cumplidamente su deber.



»En breve las aguas del lago se tiñen de sangre, y se cubren de hombres muertos y de vivos que luchan con la muerte. Abordados los buques enemigos, caen todos bajo el filo de las armas blancas, y sus tripulaciones se arrojan al mar creyendo salvar sus vidas. Solamente la goleta colombiana *Antonia Manuela* tuvo la desgracia de ser abordada por el enemigo, que ya había degollado á cuantos la tripulaban antes que la recuperaran la *Leona* y un bote armado del *Independiente*.

»Tomáronse al enemigo casi todas sus embarcaciones y más de 420 prisioneros; y perdió entre muertos y heridos 473 hombres. Laborde huyó, en el único bajel que se salvara, hacia Puerto Cabello (*sic*).

»El valor heroico y las acertadas disposiciones del general Padilla fueron admirables, dándole un lugar muy distinguido en las brillantes páginas de la historia de la independencia, y se lo dan también en la de todos los tiempos y naciones. Los capitanes de navío Beluche, Tono y Jolú contribuyeron también con su espada y su inteligencia á tan espléndida victoria.

»Consecuencia de ella fué la capitulación, que dió por resultado la entrega de la importante plaza de Maracaibo, lo cual facilitó también la toma de Puerto Cabello por asalto en Noviembre del mismo año de 23.

»Estos hechos produjeron en toda la extensión de Colombia un júbilo universal, como que eran precursores de la terminación de la guerra de independencia.»

Don Rafael María Baralt conforma en su *Resumen de la historia de Venezuela* con los datos consignados en el parte oficial de D. Angel Laborde. Tenían los republicanos, dice, tres bergantines, siete goletas y fuerza sutil respetable, con 872 marineros; los realistas tres bergantines, 12 goletas y 16 embarcaciones menores, con un total de 67 piezas de artillería, 497 marineros y 925 soldados, conjunto que considera inferior. El combate fué obstinado: perdieron los primeros ocho oficiales y 36 soldados muertos, 14 oficiales y 105 individuos heridos: los segundos 800 muertos, y heridos 69 oficiales, y 369 soldados prisioneros.

Las últimas cifras se aproximan también á las del parte del general Morales, fechado en Santiago de Cuba el 31 de Agosto, y publicado en esta ciudad y en la de la Habana. Sesenta y ocho oficiales y más de 500 individuos de tropa, escribe, quedaron prisioneros.



NÚMERO 4

Carta del comandante de Marina del apostadero de Puerto Cabello D. Angel Laborde al ministro de Marina, fecha 20 de Diciembre de 1823, censurando las determinaciones del general Morales, y defendiéndose de sus inculpaciones.—Extracto hecho por el mismo Laborde en el índice de su colección.

Número 493.—Manifiesta al Excmo. Sr. Ministro de Marina los medios que, en última instancia, ha empleado para la remesa de su correspondencia.—Insiste sobre la importancia de su oficio, referente á los acaecimientos de Maracaibo.—Refiere los esfuerzos que hizo para el socorro de la Costa Firme después de habérsele ido á pique la fragata *Ligera*, principalmente de la plaza de Puerto Cabello, cuya importancia desconoció siempre el general Morales.—Manifiesta la falta de sistema en la parte económica, sus tropelías, é indica desistió este general del verdadero plan de operaciones militares para la empresa aventurada de Maracaibo.—Demuestra no ha esperado á estos momentos de angustia para dar saludables avisos á la superioridad, que, si no hubieran sido desoídos, hubieran sido bastantes para precaver los males que han acaecido y que pronosticó con harta antelación y claridad.—Advierte la remesa hecha de las relaciones y documentos concernientes á los sucesos de Maracaibo.—Explica que la entrada de los enemigos en la Laguna no fué una sorpresa; que esta empresa fué publicada con antelación, y que en esta misma ventilación é incuria del general Morales fundaron los enemigos todas las seguridades para ejecutarlo con buen éxito.—Lejos de tratar este general de la defensa de la barra, contradice lo que S. M. manda en el plan de defensa que prescribió al intento; se desentendié igualmente del del coronel D. Feliciano Montenegro; contradice las disposiciones de su segundo D. Sebastián Calzada, y cuantos saludables avisos y consejos se le dieron.—Nuevas deducciones que el general Morales suministró á los enemigos para animarlos á la empresa de pasar la barra é introducirse en la Laguna.—Manifiesta al Excmo. Sr. Ministro de la Marina puede asegurar á S. M. de su parte que nadie sino el general Morales era capaz de cometer el absurdo de dejar entrar á los enemigos en la Laguna de Maracaibo, cosa que cualquiera otro hubiera absolutamente imposibilitado.—Trata del plan de defensa del Sr. Cramer para la ciudad, laguna y provincia de Maracaibo, mandado observar de Real orden.—El general Morales tenía conocimiento de este plan.—Este plan prescribe como punto primordial la defensa de la entrada de la barra é introducción en la Laguna, y demuestra que de la posesión de ella depende la de toda la provincia. —Alteraciones del local de la entrada de la barra de Maracaibo y de



la boca de su laguna; medios de defensa de Montenegro consecuentes á estas variaciones.—El coronel D. Manuel Junguito, antecesor de Montenegro en el gobierno de Maracaibo, reconoce el terreno é igualmente concluye, que en el día el castillo de San Carlos es ineficaz para impedir la entrada en la Laguna.—Montenegro somete su plan de defensa al general Latorre que lo hace examinar, y aprueba se edifiquen las baterías con que absolutamente se imposibilita la entrada de la barra.—El general Morales es instado para que las mande artillar; pasa á reconocerlas, se empeña en no sacar partido de ellas, insulta á todo el mundo y manda que los buques de la escuadrilla que Calzada había hecho concurrir al castillo retrocediesen al puerto de Maracaibo.—En qué términos los enemigos pasaron la barra, y por delante del castillo de San Carlos, sin la menor oposición marítima, y por tierra nada más que el insignificante tiroteo del expresado castillo.—Aún comete el general Morales un error más craso dejando pasar los enemigos el Tablazo, en el que quedaron cinco días varados y absolutamente indefensos, teniendo este general medios sobrados para anonadarlos enteramente sin la menor oposición ni riesgo, y todo lo dicho se comprueba con documentos irrefragables.—Es requerido para dar este ataque y se deniega á ello.—Copia de la relación de estos sucesos en el periódico que se publicaba en Maracaibo bajo la redacción del general Morales.—Se examina, ilustra y desmiente esta relación en la parte que se desvía de la verdad.—El día 9 de Mayo último sale el general Morales del puerto de Maracaibo mandando la escuadrilla y fuerza sutil, forma línea delante del desembarque del Tablazo, dan la vela los enemigos de Sapara; varan á su vista en este paso, anochece, y en vez de quedarse en observación para atacar oportunamente á los varados, manda á nuestra escuadrilla regrese á Maracaibo, y con la fuerza sutil pasa á situarla y fijarla en el Moján.—Digresión preventiva acerca del teniente de fragata D. Francisco Sales de Echevarría, por ser muy conveniente esta aclaración.—Razones en que ha podido fundarse la constante propensión del general Morales de no oponerse eficazmente, como lo pudo, á la entrada de los enemigos por la barra y boca de la Laguna, y resortes que pudieron dirigir su ánimo llamando indebidamente su atención hacia otro punto, cosa muy digna de reflexión y de indagación.—Al cabo de cinco días de estar los buques enemigos varados en el Tablazo, salen de él sin lesión alguna, y tranquilamente se presentan delante de la ciudad de Maracaibo, y es cuando el general Morales, perdida la única ocasión de destruirlos, piensa en futuros ataques con fuerzas tan desiguales.—El general Morales sabía que sus fuerzas navales en la Laguna no podían recibir aumento.—Reflexiones que debió hacer referentes á su situación y en consecuencia á sus primitivos errores.—Partidos que le res-



taban y que debía tomar.—Su obstinado empeño en remitir la suerte de las provincias de Venezuela á un combate naval.—El comandante de Marina expone su moderada conducta, esperando las decisiones de la superioridad, y refiere sus operaciones en la Costa Firme, después de los acaecimientos de Maracaibo, para proveer de víveres á Puerto Cabello, aliviar esta plaza de enfermos y bocas inútiles, asegurar asimismo la existencia de las corbetas apresadas y demás buques, y remediar en lo posible los efectos de la imprevisión del general Morales.—Mientras este general da á la imprenta y á pública luz, en Santiago de Cuba, el parte oficial que dirige al Capitán general de la isla de Cuba, que se inserta en todos los periódicos de la Habana.—En este parte, y faltando descaradamente á la verdad, pretende el general Morales ocultar sus errores y fascinar la opinión pública, indicando indirecta y suspicazmente al comandante de Marina de ser el autor de la pérdida total de las provincias de Venezuela.—El comandante de Marina hace un breve resumen de las inculpaciones que indirectamente le hace el general Morales en su ya citado parte; responde brevemente á estos cargos, pues en lo demás se propone constestar á ellos con toda la extensión que sea necesaria para su justificación, y deshacer tan infundadas como calumniosas imputaciones.—Manifiesta al Excmo. Sr. Ministro de la Marina que, careciendo de toda especie de relaciones y apoyo, necesita le dispense S. E. su protección, pues aunque fuerte del testimonio interno de su conciencia, que le asegura haber obrado bien, teme, sin embargo, que las anticipadas sugerencias del general Morales predispongan los ánimos contra él, y suplica á S. E. tenga la bondad de poner en manos de S. M. una instancia en que reverentemente pide se examine su conducta.—Remite los documentos que acreditan la infausta noticia de la pérdida de la importante plaza de Puerto Cabello.—Pide reverentemente permiso para ir á restablecer su salud á la Península.

NÚMERO 5.

Carta del comandante del apostadero de Puerto Cabello D. Angel Laborde al ministro de Marina con fecha 29 de Marzo de 1824, con resumen de la campaña de Costa Firme y justificación de sus actos.—Extracto hecho por el mismo Laborde en el índice de su colección.

Número 495.—Manifiesta al Excmo. Sr. Ministro de la Marina las gestiones que hizo desde su ingreso en el mando del apostadero de Puerto Cabello para lograr poder remitir la corbeta *Bailén* al puerto de la Habana, lo que nunca pudo conseguir por la escasez de medios y absoluta falta



de remesa de auxilios.—Participa cómo por este abandono y carencia de socorros hay en el día que agregar al doloroso sentimiento de la pérdida de la plaza de Puerto Cabello el de la mencionada corbeta.—Cuando á principios del mes de Mayo último volvió á la Costa Firme, abundaba en él ardiente deseo de preservarla de este riesgo; pero las averías sufridas en la acción del día 1.º de dicho mes en las arboladuras de los buques, y no hallar en Puerto Cabello ningún género de acopio, le obligaron á sacrificar la de la *Bailén* para reponer en parte la de la fragata *Sabina*.—Este sacrificio le impidió poder sacar de Puerto Cabello dicha corbeta cuando con la totalidad de los demás buques se vió imperiosamente obligado á abandonarla sin pérdida de momento.—En este conflicto deja instrucciones para precaver que en el caso de algún funesto evento que acaeciese á la plaza, se evitase al menos que la *Bailén* cayese en manos de los enemigos, é incluye copia de dicha instrucción.—Hace respetuosamente presente al excelentísimo Sr. Ministro cree útil interrumpir esta primera relación para procurar darle una idea de la plaza de Puerto Cabello, considerada bajo el aspecto de la insurrección de nuestras colonias, mutaciones hechas en ella con este motivo, añadiendo varias aclaraciones que se persuade contribuirán eficazmente á la verdadera ilustración de lo que en ella ha pasado y preparado de antemano su última catástrofe.

En esta digresión se propone una segunda mira de utilidad, cual es hacer convincentemente demostrable la solidez con que anteriormente había elevado á la superioridad sus clamores acerca de sus recelos por la existencia y conservacion de la plaza de Puerto Cabello, cuya suerte se hizo dependiente del capricho de quien era incapaz de apreciar lo que valía.

Hace referencia de una junta de guerra y de autoridades de las provincias de Venezuela, celebrada en la noche del 17 de Mayo de 1821 en la plaza de Puerto Cabello, en la que el comandante de Marina expone sus ideas acerca de la mejor defensa de dicha plaza, que era el principal objeto de la convocación de la referida junta, y manifiesta que su propuesta fué en lo sucesivo la base sobre la cual se fundaron, con más ó menos exactitud, discernimiento y actividad, cuantas providencias de utilidad se llegaron á plantear, llegando el caso de desentenderse en determinada época de toda regla de prudencia y de sus saludables avisos.

Propone la construcción de un frente fortificado en el arrabal, que, preservando una parte de esta población, alejase el ataque del enemigo del cuerpo de la plaza, del puerto y del natural fondeadero de los buques, y asegurase el surtimiento de agua de todos los moradores y buques de Puerto Cabello.

Indica qué razones han motivado en tiempos anteriores el que varias



plazas marítimas de nuestra América septentrional no estén fortificadas por la parte de tierra, cual sería de desear lo estuviesen en el día.

Opina debía inmediatamente demolerse la batería alta y baja del Trinchero.

Opina lo mismo acerca de las baterías de la Vigía baja y toda la obra de la Vigía alta.

Describe el trazado que propuso se diese al frente proyectado, y cubrir el flanco oriental de la parte interna de la ciudad de Puerto Cabello.

La junta nombra acto continuo una comisión, sacada de su seno, para examinar el terreno y propuesta del comandante de Marina.—La comisión lo cumplimenta y aprueba la propuesta, y de ello informa seguidamente á la junta.

Indica que su continua movilidad no le ha permitido dar una asidua atención, cual hubiera sido conveniente dar á estas ideas, y le hubiera dado todo hábil ingeniero, de cuya circunstancia apreciable distaba mucho D. Juan Nepomuceno Faldón, quien, á resultas de la infausta batalla de Carabobo, vino desgraciadamente á concurrir á Puerto Cabello para dar las pruebas más notorias de su estupidez, inmoralidad y atroz crueldad.

Llega á Puerto Cabello la noticia de la ocupación de Caracas por nuestras tropas después de la primera emigración de sus habitantes.—Indica el imperdonable error del brigadier Morales en no acometer y perseguir al disidente Bermúdez, y sacrificar ineptamente nuestra justa causa á su vanidad y absoluta falta de conocimientos.

Encuentra conveniente poner en noticia del Excmo. Sr. Ministro de la Marina las primeras causas que motivaron las desgracias acaecidas en la Costa Firme desde su ingreso en el mando del apostadero de Puerto Cabello, y, en consecuencia, indica como primer origen de ellos la remoción de la Capitanía general de Caracas del brigadier D. Francisco Núñez del Pino para destino fuera de las provincias de Venezuela.

El brigadier D. Ramón Correa, sucesor de Pino, insta al comandante de Marina suba á Caracas á conferenciar con él.—Conferencia interesante que pudo haber salvado á nuestra justa causa de muchas desgracias; pero que se malogró por haber carecido entonces el comandante de Marina de los conocimientos topográficos y demás para penetrarse de la importancia y trascendencia del objeto que la motivaba, y de consiguiente, no haber insistido con más calor sobre su opinión, que probablemente hubiera movido al Sr. Correa á no despreciar, como lo hizo, el ataque de flanco que el insurgente Bermúdez amagaba sobre la capital.

Dejando indicadas las causas que produjeron la primera evacuación de Caracas y conducción de emigrados á Puerto Cabello, diseña ligeramente



de qué modo el Sr. Correa, después de su salida de la capital, se compromete indebidamente con el enemigo, y agrava nuestros males por un exceso de pundonor fuera de lugar.

En vista de las primeras noticias de la entrada del brigadier D. Francisco Tomás Morales en Caracas, se determina salga de Puerto Cabello la fragata *Ligera*, con el crecido convoy á retornar la emigración á la Guaira, surtir de víveres á Cumaná y escoltar los buques restantes á Santo Tomás, y al norte de las islas los destinados á la Península.

Tan pronto recalca sobre la Guaira, es instado por las autoridades de tierra á detenerse, en vista de haber mancado Morales la operación sobre Caracas, comprometiendo al coronel Pereira sin haber acometido al insurgente Bermúdez.—Se refiere á su oficio núm. 346 para la explicación de las causas que motivaron la segunda evacuación de Caracas y la Guaira.

Sin entrar en los detalles de la batalla de Carabobo, da sucintamente una idea de ella, manifestando que en el día, sobre este suceso, al cabo de tres años de ocurrido, no ha podido variar del concepto que manifestó en su oficio. Se propone sólo aquí hacer referencia de algunas circunstancias dignas de meditación por la influencia que han tenido sobre la suerte de la interesante plaza de Puerto Cabello y marina de su mando.

Hechos ocurridos en la batalla de Carabobo de tan reconocida certidumbre, que nunca han discordado en su admisión ninguno de los que en ella tuvieron parte ó fueron testigos, y aun los mismos enemigos.—El brigadier Morales, después de la batalla de Carabobo, deja dispersarse toda la caballería del ejército que mandaba, sin tratar de reunirla, y se encierra dentro de la plaza de Puerto Cabello, dejando de auxiliar al coronel Pereira, que quedó comprometido en Caracas, y sin procurar sacar partido de esta caballería, sosteniendo la campaña, y obrar sobre el enemigo ó hacer alguna útil diversión en el llano.

Para cubrir este error, sus paniaguados sembraron la detracción calumniosa de que el general Latorre no curó de la suerte de la división de Pereira con expediciones marítimas. Se indican las que, en efecto, se despacharon con éste y otros objetos, y demuestra lo infundado de esta inculpación. Remonta á las causas que de antemano produjeron los desastrosos efectos que se notaron en la batalla de Carabobo. En la retirada de nuestro ejército desde Carabobo á Puerto Cabello, se advierten datos que confirman la existencia de las mismas causas que produjeron el mal éxito de la batalla.

Trata de una importante junta de guerra celebrada en Puerto Cabello recién dada la batalla, y que esta junta debe considerarse como la piedra angular sobre que se ha fundado el edificio de la heroica constancia de es-



fuerzos que desde este día desplegaron la marina y ejército de Venezuela.

Expone con qué motivo ha hecho mención de la referida junta. Detalla en qué operaciones tuvo que emplearse á consecuencia de haber sido dimanadas del acuerdo de la expresada junta.—Mientras se ocupaba en estas operaciones, se le propone la de evacuación de la plaza de Cumaná, y manifiesta su dictamen sobre esta resolución, que hace suspender.—Manifiesta asimismo su constante opinión sobre esta clase de resoluciones, y las razones que creyó fundadas para no creer conducente la evacuación de Cumaná.—Resume su dictamen acerca de la pacificación de las provincias de Venezuela.

Hace presente al Excmo. Sr. Ministro de la Marina las fundadas razones que ahora tiene de hacer mención de estos asuntos, pues de la referencia se viene en conocimiento del espíritu de la facción agitadora é intrigante que siempre ha obrado en la Costa Firme.

Trata del expediente formado por el Alcalde y Ayuntamiento constitucional de Puerto Cabello contra el comandante de Marina, sirviéndoles de pretexto querer graduar el agua que hacía la fragata *Ligera*.—Trata asimismo de una representación del síndico personero contra el mismo comandante.—Indica á quién, por notoriedad, se atribuía en Puerto Cabello este escrito; el mismo que llevó á la firma del general Morales una carta, que nunca podrá considerar como producción original de este General.

El expresado síndico le acusa de haber empleado su influjo para estorbar la evacuación de la plaza de Cumaná, y el Comandante de Marina llama la atención del Excmo. Sr. Ministro sobre algunas reflexiones que arroja de sí esta acusación. Le acusa igualmente de no haber provisto de víveres la plaza con la debida antelación. Datos que mediaron en la expedición de la conducción de una muy considerable emigración de Puerto Cabello á Puerto Rico. El síndico, ó, por mejor decir, el malicioso intrigante á quien servía de testaferro, indica vagamente la ejecución y manejo de esta expedición.

Dato infundado á que tal vez querrá aludir esta maliciosa divagación. Se evidencia victoriosamente que este dato no tiene conexión alguna con el comportamiento y disposiciones del Comandante de Marina, de donde se deducen algunas reflexiones que corroboran la consumada malicia del expositor.

Al regreso del Comandante de Marina de esta expedición á Puerto Cabello, nota que su propuesta acerca de los preparativos de defensa de aquella plaza habían empezado á ponerse en ejecución. Asimismo describe el mal estado en que halló los ánimos de los jefes, autoridades locales y división



de pareceres en la opinión pública, y de qué modo se agitaba ésta y con qué fines.

Bajo la influencia de tan fatales auspicios, se comete á la dirección y cuidado del brigadier Morales una expedición marítima, con 900 hombres de desembarco de la tropa más excelente y lucida del Ejército, para que con estos medios de ejecución los emplease adónde, cuándo y del modo que lo estimase más conveniente. Injusta y depravada disposición de ánimo del brigadier Morales antes de emprender nada. Se expresa el temor de las instrucciones por el expresado general Latorre al referido Brigadier y al Comandante de Marina, que personalmente iba á acompañarle en esta campaña; de donde se evidencia la maquiavélica idea del Sr. Morales para no empeñarse en ninguna acción de vigor que comprometiese su responsabilidad y seguridad, haciendo refluir esta bastardía en perjuicio del General en jefe.

Falta de plan premeditado para esta expedición, y se refiere cómo se hicieron patentes las ideas que abrigaba el Sr. Morales. En vista de esta predisposición deduce el Comandante de Marina el ningún fruto que había de esperarse de la expedición.

Calumniado el general Latorre ante la opinión del vulgo por los infames agitadores que le perseguían, emprende una segunda expedición, con la cual desembarca en los Taques; rinde la Vela de Coro y puerto de Cumarebo, reduce la provincia de Coro y hace prisioneros á los cabecillas de la insurrección con todas las tropas que mandaban.

El Comandante de Marina hace presente al Excmo. Sr. Ministro de la Marina las razones de utilidad que se ha propuesto en la formación de este opúsculo.

Hallándose las operaciones militares de las provincias de Venezuela en un estado de fluctuación, rinde la fragata *Ligera* el palo mayor, y este incidente origina el primer bloqueo de mar y sitio por la parte de tierra de la plaza de Puerto Cabello. Á pesar de que el ingeniero Jaldón había prometido al general Latorre tener todo listo para que en caso necesario se pudiesen prontamente volar las baterías del Trincherón y la Vigía alta y baja, llega el caso del sitio y se encuentra no tenía nada dispuesto para ello. Se practica un reconocimiento en la batería del Trincherón, á donde dicho Jaldón y el Comandante de Marina faltó poco para que no fuesen hechos prisioneros por el insurrecto Páez, su estado mayor y 80 carabineros de caballería que casualmente concurrieron al mismo punto. Jaldón participa al general Latorre el resultado del expresado reconocimiento; conviene nuevamente en la utilidad de destruir las baterías del Trincherón y emprender la tala del mangie de su frente, y terminantemente se le



ordena lo ejecute. Jaldón pierde inútilmente dos ó tres días sin resolverse á ello, y al cabo de los mismos tiene la imprudencia de emprender la tala en medio del día, sin concertarse, á lo menos, con la Marina, cuyo Comandante corrige en parte este defecto desde que notó el movimiento. Acude al riesgo con toda la fuerza sutil en el momento que los enemigos caen y sorprenden á los trabajadores, á los que anima su presencia, restablece el buen orden, cubre con los suyos la retirada de aquéllos, á costa de varios de los que le rodeaban. De la incuria é imprevisión del ingeniero resulta que los enemigos se establecen de firme en dichas baterías, montan artillería en ellas, con la que afligen en extremo á la población de Puerto Cabello y proporciona á la Marina varias acciones navales dentro del puerto, sobre las que se hacen algunas reflexiones.

Diferencia contrastante entre los caracteres de los generales Latorre y Morales compulsada con hechos marcantes. Refiere de qué modo la fragata *Ligera* sale de Puerto Cabello, entra en Curaçao y, reuniéndose al bergantín *Hércules*, introduce luego un abundante surtimiento de víveres en Puerto Cabello y logra escarmentar á la escuadrilla colombiana que bloqueaba la plaza, causándoles averías que les obligó á abandonar aquellos mares. Al tomar el puerto encuentra que durante su ausencia los enemigos se habían apoderado de la Vigía alta y baja y establecido artillería gruesa, que, dominando el fondeadero natural de los buques, le obligaron á fondear junto á Punta Brava, en donde sufre varias averías por no haberse anticipadamente volado dichas obras, conforme lo tenía propuesto.

Manifiesta cree sea éste el lugar oportuno de referir la divergencia de ideas y contraposición de planes de operaciones del general Latorre y brigadier Morales, asediado el primero en Puerto Cabello y situado el segundo en la provincia de Coro. Hace presente que los datos en que pasa á fundarse para hacer patente esta falta de concierto y de subordinación por parte del brigadier Morales son en la mayor parte datos que con anterioridad tiene indicados á la superioridad. Manifiesta asimismo las poderosas y urgentes razones políticas y de pública conveniencia que le obligan imperiosamente á hacer referencia de varios acontecimientos terrestres y someter su narración á la justa consideración de S. M. para evitar males que prevee, y se hubieran evitado en las provincias de Venezuela si, á su debido tiempo, jefes de acredita las luces y notoria probidad, que afortunadamente han militado y residido en las mencionadas provincias, se hubiesen dedicado á suministrar á S. M. verídicas exposiciones con detenida atención, para su ilustración, y corresponder de este modo á la real confianza con que los honraba.

El brigadier Morales se propone no obedecer al llamamiento que el ge-



neral Latorre le hacía de acudir al socorro de la plaza de Puerto Cabello, y entablar su sistema de operaciones exclusivas en la provincia de Coro, lo que se empieza á hacer patente con los mismos documentos que el Comandante de Marina tiene ya remitidos en las mismas épocas en que este plan se fué desenvolviendo y comprobándose con los hechos y operaciones del Sr. Morales. Refiere los arbitrios que por su parte, é instado del mismo general Latorre, empleó el Comandante de Marina para mover á Morales á prestarse á entrar en las ideas del General en jefe del Ejército. Fueron inútiles cuantos medios se pudieron emplear para atraer al brigadier Morales á la debida subordinación á su jefe, y, por tanto, siguió impertérrito en su primer propósito. Como tal resolución aparezca no poder tener cabida en el ánimo de un jefe lisonjeado con extraordinarios adelantos en la carrera militar, se hace forzoso, para probar su existencia, recurrir al recuerdo de los hechos y tramas anteriores del Sr. Morales, á favor de las cuales ha podido arrancar estas gracias, y que forman un tejido de actos escandalosos. Con este motivo, y apelando á la notoriedad, y más individualmente á las Memorias escritas por el Excmo. Sr. D. Manuel de Cajigal, se cita como comprobante el modo con que Boves y Morales sacrificaron á este jefe en Carabobo, á donde le hicieron aguardar, asegurándole pasaban á reunir sus fuerzas y ponerse bajo sus inmediatas órdenes; á cuya formal promesa faltaron por dos veces, hasta que supieron que Bolívar lo había completamente derrotado con toda la reunión de su fuerza, muy exorbitantemente superior á la del Sr. Cajigal, que se decidieron á marchar contra Bolívar, que obligaron á encerrarse en Valencia. Sólo de este modo es como puede demostrarse el ser capaz de un crimen el que con anterioridad los tenía cometidos de igual naturaleza y aun de mayor perversidad que los que nuevamente se le notan.

Sacrificado el general Cajigal en Carabobo por la traidora defección de Boves y Morales, se retira á Guadarrama, seguido de muy pocos. Ayudado de jefes leales y subordinados, y del amor que los pueblos le profesaban, se le congregan, y dentro de pocos días se ve á la cabeza de 3.000 combatientes; toma la villa de San Carlos y se pone en comunicación con Boves, que cercaba á Valencia. Anuncio de la idea criminal que concibe este faccioso.

Manifiesta el Comandante de Marina que lo que sobre estos particulares tiene que exponerle se refiere á la notoriedad y publicidad de los hechos de que trata, y en los detalles á las Memorias inéditas del difunto excelentísimo Sr. D. Juan Manuel de Cajigal, Capitán general que fué de las provincias de Venezuela.

De qué modo Boves realiza la pérfida idea de tomar posesión de la ciu-



dad de Valencia por capitulación, dejando á Bolívar dueño de las condiciones, con lo que logra escaparse con todos los jefes de la insurrección, que se hallaban estrechamente cerrados dentro de los muros de la dicha ciudad, con sólo provisión de víveres para cuatro días. Estipulación que atropelló, por tal de que el general Cajigal no tomase la dirección de las operaciones militares.

Reflexión acerca de este suceso. Traslada al pie de la letra el horroroso cuadro de barbarie y de la más refinada crueldad y perfidia con que Boves y sus satélites forman el desenlace de los sucesos de la desgraciada ciudad de Valencia al tiempo de huirse de ella, á donde dejaron abandonado furtivamente al Sr. Cajigal, que, por lo tanto, fué testigo ocular de estos desastres, asesinatos, degüellos y escandaloso robo.—Reflexión importante, á la que se añade la fiel pintura y contraste de los caracteres de Boves y Morales.

Indica y prevé el riesgo que se le presenta al que intente pintar al natural y sin disfraz á Morales, y para evitarlo suplica al Excmo. Sr. Ministro se digne suspender su juicio hasta que el retablo toque á su conclusión.

Muere Boves; queda libre Morales de seguir su natural profesión; por lo tanto, se decide á la más completa, auténtica y bien pronunciada insubordinación con la meditada acta de Urica, en la que la califica del modo más estable, para asombro de la posteridad.

Tenor del acta de Urica.—Pruébese que no pudo ser nunca producción sino de un ánimo protervamente insubordinado.—Morales confirma esta insubordinación y colma su iniquidad con un acto de crueldad sardónica y de descarado despotismo, que para hallarle semejanza es necesario recurrir á los tiempos de mayor barbarie y corrompidos del imperio romano. Las víctimas fueron siete oficiales, que mandó degollar y presentar sus cabezas á las autoridades de Caracas, para comprimir las bajo su dependencia y rebeldía contra la autoridad del Capitán general y real Audiencia.

Esta y otras varias atrocidades, así como el juzgar el Sr. Cajigal que había llegado la ocasión oportuna de imponer respeto á Morales, le hacen resolverse á emplear cuantos arbitrios estuviesen de su parte para contener sus insoportables demasías y desenfrenos.—Se manifiesta la circunspección con que, sin embargo, tuvo que proceder el Sr. Cajigal, y cómo, sólo en virtud de que las circunstancias le ayudaron, pudo conseguirlo, cuando á Morales no le quedó más arbitrio que perecer ó someterse, y se refiere del modo con que hipócritamente, viéndose reducido á tal extremo, se somete al Sr. Cajigal, tratando de disculpar su inobediencia, atribuyéndola á otro, según tiene de costumbre, y en este caso fué la mala índole de su ejército, que quiso poner de escudo.



Cita como comprobantes de lo dicho, y de lo que le resta que decir, los actos de atroz crueldad del Sr. Morales en la toma de Cartagena de Indias y en el río Magdalena, á las órdenes del Excmo. Sr. Conde de Cartagena, y de qué modo comprometió las armas del Rey en la batalla de la Puerta por su inobediencia á los preceptos que le había impuesto este jefe; y con este motivo añade una natural reflexión acerca de la disciplina militar.

A lo dicho se añade la indicación de la insubordinación del mismo señor Morales, á las órdenes del Sr. D. Salvador Moxó, Capitán general de las provincias de Venezuela, y la del modo con que el aventurero Mac Gregor se burló de su impericia é internó en el llano, y produjo los males que son demasiado públicos.

En la campaña de Coro, el Sr. Morales, sin atreverse á una formal desobediencia respecto al general Latorre, se propone, sin embargo, no cumplimentar ninguna de sus órdenes, y obrar en dicha provincia según su antojo y libre albedrío.

Sistema de alta política militar del general Morales, y sus miras respecto á la Marina.—Conducta del Comandante de Marina para evitar los efectos de dichas miras, y la que se propuso para lo sucesivo.

El brigadier Morales sale de Puerto Cabello y es transportado al de Chichiriviche para tomar el mando de nuestras tropas en la provincia de Coro.—De qué modo este jefe empleó su tiempo en Puerto Cabello antes de su partida para esta comisión.—Con este motivo manifiesta el Comandante de Marina de qué suerte, á pesar de pretender el Sr. Morales alucinar á los demás con pláticas de aparato diametralmente opuestas á sus naturales sentimientos, pierde, sin embargo, el fruto de este artificioso afán en vista del arrebato de sus pasiones é indomable temperamento, que con la mayor facilidad lo dan á conocer cuál es, sin el menor disfraz, al hombre menos pensador, y detalla cuáles son sus animosidades.—Se describe cuál es el carácter político que el general Morales procura ostentar para encubrir sus verdaderas genialidades y afecciones.

El general Latorre cree deber ser preciso su regreso á Puerto Cabello, y no ausentarse de esta plaza dejando al brigadier Morales dentro de sus muros.—Se cree conveniente, para evitar mayores daños, dar comisión fuera de ella á este último jefe.—Razones que tenía el general Latorre para no hacerlo así.—El Comandante de Marina creyó deber interponer su valimiento para la realización de esta idea, con la cual se verifica se ponga al brigadier Morales el mando de las tropas de Coro, que aceptó, y se manifiesta sobre qué datos funda la relación de esta campaña, que pasa á referir.

Disposición en que quedaban nuestras tropas en la provincia de Coro



cuando desde ella se transfirió el Sr. Latorre á la plaza de Puerto Cabello.—El brigadier Morales se presenta en el pueblo del Tocuyo á tomar este mando, y se expresa el número y clase de combatientes que le dejó su antecesor en él.—Desde el Tocuyo marcha á Coro.—Inoportuna y antimilitar detención en esta capital.—La división enemiga de Maracaibo pasa la Laguna para venir á atacar á Morales.—Este reúne todas las tropas, y los enemigos, en consecuencia, se retiran.—Refiere la escandalosa lentitud de esta persecución.—Los enemigos repasan la Laguna, y nuestras tropas llegan hasta los puertos de Altagracia.—De qué modo nuestras tropas tomaron posesión de este pueblo.—Los enemigos, con este movimiento, logran separar nuestras fuerzas del socorro de Puerto Cabello y llevarlas en sentido contrario.—El general Morales, en vez de acudir al socorro de Puerto Cabello, como se lo mandaba el General en jefe, se detiene inútilmente en Altagracia proyectando la toma de Maracaibo, é indiscretamente ocasiona la pérdida de dos flecheras nuestras.

Avisado el general Morales de que los enemigos invadían la provincia de Coro por el Oriente, despacha al coronel Tello para la capital.—Los enemigos atacan á dicho Coronel y lo derrotan en vista de su corta fuerza.—A resultas de esta derrota, el enemigo ocupa á Coro, capital de la provincia.—Tello se retira á la serranía.—El enemigo se contagia en Coro y emprende su retirada.

Permaneciendo Morales en los puertos de Altagracia, es avisado de la anterior derrota de Tello.—Recibe este aviso, y en su consecuencia toma la inhumana y descabellada resolución de hacer pasar la Laguna á 800 hombres de sus tropas, sobre un terreno enemigo ocupado por más de 2.000 combatientes, sin más fin de utilidad que entretener al enemigo á costa del sacrificio de esta gente.—Reconoce la mala posición que había tomado y la necesidad de retirarse de ella.—Se retira de los puertos de Altagracia.—Emprende lentísimamente su marcha sobre los enemigos, que habían invadido la provincia, y en el discurso de esta marcha anuncia un raro y atroz proyecto para encubrir sus formales ideas.

Verdaderas intenciones del general Morales en esta ocasión.—De qué modo, por la apatía y malas disposiciones, logran los enemigos evacuar impunemente la provincia de Coro, cuando era fácil rendirlos ó exterminarlos todos antes de esto.—Morales manda al coronel Tello, que perseguía al enemigo hasta el Pedregal, que se le reúna en Urumaco.—Verificada la reunión, determina el Sr. Morales no obedecer las órdenes del general Latorre, y resuelve regresar á los puertos de Altagracia.—Emprende, en consecuencia, su marcha.

El general disidente Soubiet, reunido con el cabecilla Piñango, inva-



den segunda vez la provincia de Coro por el Oriente.—Trastorno de Morales al saber esta noticia, en vista de la cual, sin plan, sin concierto ni orden, emprende su marcha sobre Dabajuro.—El coronel Tello acude al socorro con la corta reunión de gente que pudo juntar.—Los enemigos sorprenden nuestra retaguardia, y sólo el valor de nuestras tropas pudo decidir la victoria á nuestro favor del modo más heroico. Sin embargo, todo se malogra por no haber sabido Morales sacar partido de las ventajas logradas con las bayonetas de sus valientes soldados.—Los enemigos evacuan impunemente la provincia, siendo así que ni uno debió haber escapado.

Conducta del coronel Tello después de esta acción, y la atroz del general Morales con los prisioneros hechos en ella.—Los enemigos se refuerzan prontamente en Carora y el Sr. Morales pierde inútilmente unos momentos preciosos en Urumaco.—Qué fuerza reunían los enemigos en Carora, y cuál era la del Sr. Morales.—Éste se decide á abandonar la provincia de Coro, embarcándose en los buques que á la Vela de Coro acababa de conducir el comandante de Marina Laborde.—En vista de las reflexiones que le hacen Tello y el jefe de estado mayor Méndez, desiste de la anterior idea y se propone esperar al enemigo en la posición de Agua Salada.—Sabe el Sr. Morales que Soublet la había tomado en Sasarida, y que le venía á buscar.—En esta virtud, muda al instante de resolución y se embarca, abandonando la provincia de Coro, dejando en ella la mitad de su tropa en el mayor desamparo.—Conclusión.—Reflexión sobre ella.

Hechos posteriores á la campaña del general Morales en la provincia de Coro.—Fatal influencia que tuvo sobre las operaciones de mar la inobediencia del Sr. Morales á las órdenes del general Latorre. Refiere el partido arriesgado que proyectó y á que tuvo que apelar para conciliar esta divergencia de ideas y planes, reducidos á salir de Puerto Cabello con la fragata *Ligera*, bergantín *Hércules* y goleta *Morillo*; dejar la primera en Curazao y pasar con los otros dos buques á la Vela de Coro.—Generosidad del general Latorre en acceder á la ejecución de este proyecto.—Desde Puerto Cabello se pasa aviso al Sr. Morales para que á día señalado concorra con su tropa á la Vela de Coro para su más pronto embarco.—Llega el Comandante de Marina á Curazao, y tanto éste como el coronel López se apresuran en pasarle por segunda vez el anterior aviso al Sr. Morales, y se le hace presente y demostrable la urgencia de no faltar á este acuerdo, patentizándole los riesgos y ruina que se debían seguir de no hacerlo así.—El Comandante de Marina cumple religiosamente su promesa, fundeando en la Vela de Coro el 16 de Julio de 1822, mas no así el Sr. Morales, y sobre esta circunstancia se hace una reflexión.—El Comandante de Marina se transfiere de la Vela de Coro á la capital con el fin de abo-



carse cuanto antes con el general Morales.—No lográndolo, se restituye á la Vela.—Refiere de qué modo una goleta enemiga toma conocimiento de sus operaciones por la poca reflexión del comandante del puesto de Cumarebo.

El general Morales llega al cabo de varios días á la Vela de Coro.—Manda al Comandante de Marina eche en tierra los víveres que conducía para el Ejército, y que de hecho se fuese con la totalidad de los buques, pues estaba resuelto á no embarcarse. — Se desembarcan los víveres, y al concluir esta penosa operación recibe el Comandante de Marina orden para embarcarlos, detenerse y prepararse al embarco de las tropas.

Manifestación del surgidero de la Vela de Coro. — De qué modo y en qué circunstancia se presentó el general Morales con su tropa.—Excesivo número de ésta que se embarca en los buques.—Felices auspicios con que se emprende esta penosa remontada para Puerto Cabello.—A pocas leguas á sotavento del puerto de Santa Ana, capital de la isla de Curazao, se encuentra esta débil y obstinada expedición con la escuadrilla enemiga, que acudía á destruirla; lo que no logró por la feliz circunstancia de verificarse este encuentro á la vista de dicho puerto y de la fragata *Ligera*, que, dando la vela, la libró de su total ruina.

Tardío arrepentimiento del general Morales.—Al día siguiente de este encuentro se hallaba á la boca del puerto de Santa Ana sin víveres ni aguada y llenos los buques de averías irremediables en la mar, y prontos á perecer irremediamente si el Gobernador general de la isla negaba la entrada en él.—Medios de que se vale el Comandante de Marina para obtenerla, y generosidad del contraalmirante holandés Cautzlaar.

Salida de Curazao.—Arribo á Puerto Cabello.—Entrega del mando en jefe del ejército del general Latorre hecha al Sr. Morales.—Sale este último con todas las tropas con dirección á Caracas, y el Comandante de Marina para la Guaira con la *Ligera* y el *Hércules*. — Este último consume todos sus víveres, y al regresar á Puerto Cabello apresa la goleta *Condor*.

Por su parte, el general Morales termina la marcha en las alturas de Naguanagua por falta de resolución.—Extraña junta de guerra que celebra en dicha posición.—Refiere cómo la indecisión del general Morales en atacar al enemigo produjo la reunión de Soublet con el cabecilla Páez.—Asimismo manifiesta no supo el Sr. Morales sacar el debido partido de la marcha de nuestro coronel Cecilia desde la Vela de Coro, por San Felipe, con las tropas dejadas en dicho primer punto al tiempo del embarco. — Este Coronel se vió obligado á entrar en Puerto Cabello por falta de previsión del nuevo General en jefe del Ejército.



Resuelve el general Morales en Naguanagua el no atacar, retirarse á Puerto Cabello, embarcarse con sus tropas y salir de expedición para barlovento á encontrarse con el Comandante de Marina, que á la sazón sabía estar cruzando sobre la Guaira, esperando allí el resultado de las operaciones terrestres sobre Caracas.

Da la vela la proyectada expedición del Sr. Morales el 23 de Agosto de 1822.—Tiene que arribar el mismo día por haberse declarado una vía de agua en la flechera *Guaireña*. — Se demuestra la falta de cálculo y de método en este proyecto, la torpeza del apresto, y con estos datos se evidencia el carácter, miras y alcances del Sr. Morales.

Nueva comprobación de que hasta la llegada del Comandante de Marina á Puerto Cabello conduciendo á la goleta *Condor*, que acababa de apresar, no le había ocurrido al Sr. Morales otra idea que la de operar á barlovento de dicha plaza, y que de ningún modo había pensado aún el dirigirse este General á Maracaibo.—Tiene el honor de exponer al excelentísimo Sr. Ministro de la Marina el único antecedente que trasuntó estas primeras resoluciones y decidieron al Sr. Morales á su desastrosa empresa de Maracaibo.—Indica fueron los papeles hallados en la *Condor* los que causaron el trastorno que se acaba de mencionar. — Refiere los datos que suministraron estos papeles, y las razones de propia conveniencia que el Sr. Morales tuvo para atenerse á ello y posponer á un lado lo que el honor y el mejor servicio de S. M. dictaban.

Extraña reserva del general Morales en no querer dar conocimiento al Comandante de Marina de sus proyectos sobre Maracaibo hasta después de haber salido de Puerto Cabello y de puesto á la vela, y se explican las razones que tuvo para obrar así.—Llámase respetuosamente la atención del Excmo. Sr. Ministro sobre el estado indefensible y de desvalimiento en que el general Morales dejó á la plaza de Puerto Cabello.—El teniente coronel D. Miguel Domínguez, Gobernador de la referida plaza, se lo hace presente por medio de una sumisa y bien fundada representación.—La única contestación del Sr. Morales fué deponer á Domínguez de su gobierno é instalar en él al capitán de ingenieros D. Juan Nepomuceno Jaldón, á quien ascendió á teniente coronel de un regimiento que sólo existía en la imaginación de este General, que asimismo le hace su primer ayudante de estado mayor.—Finalmente, se demuestra el fin y objeto de este repentino favor de Jaldón y del atropellamiento de Domínguez.

Jaldón, como nuevo Gobernador de la plaza y como antiguo ingeniero de ella, sacrifica á su interés personal el del mejor servicio del Rey, prostituyendo estos dos empleos, mientras que Domínguez sufre el destierro á Curazao y todos los efectos del disfaver.—Combinadas las providencias se-



cretas del general Morales con su secuaz Jaldón, los primeros efectos se hacen sentir contra la persona de D. Ramón Hernández de Armas, Auditor del apostadero de Marina de Puerto Cabello y honorario de departamento, que fué arrestado en una bóveda del castillo de San Felipe y expulsado en seguida de Puerto Cabello.

Á pesar de constarle al general Morales el estado de desvalimiento absoluto en que dejaba á la plaza de Puerto Cabello al tiempo de su partida para el saco de Maracaibo, y de consiguiente, el de los buques del apostadero que quedaban en ella, preceptúa exigencias al Comandante de Marina, como si quedase en el seno de la abundancia y de la propiedad, constándole asimismo era imposible cumplimentarlas, creyendo de este modo cubrirse de toda responsabilidad y endosarla al mencionado Comandante.

Arbitrio á que apela este último para precaverse de esta intriga y hacer patente las verdaderas circunstancias que mediaban, y obrar consecuente á ellas del modo más conveniente al real servicio.

Participa al Excmo. Sr. Ministro de la Marina cómo el capitán Jaldón se creyó con autoridad bastante para atropellar al Superintendente por S. M. de las provincias de Venezuela, deponerlo de sus funciones, nombrar al que le había de sustituir y el modo escandalosamente violento con que lo practicó.

Nulidad de carácter del honrado D. Diego de Alegría para regentar la Intendencia, en oposición al sistema de despotismo y arbitrariedad que se empezaba á desplegar. — Explica el fin y objeto de esta principiaada persecución. — Para evitar sus efectos determinan el brigadier de la Real Armada D. José Sartorio y el capitán de fragata D. Juan Barrí ausentarse de Puerto Cabello y retirarse á Curazao, á donde, con el Sr. Sixto, los condujo la *Ligera*.

De regreso esta fragata, el Comandante de Marina provee de víveres á Puerto Cabello; se mantiene cruzando, y para evitar mayores daños tiene que amparar desde la mar unas expediciones fraguadas por Jaldón con embarcaciones menores particulares y armadas en la plaza para el robo y exterminio de los pueblos de barlovento y sotavento de ella, y detalla los malos efectos de estas correrías y los fines que las motivaban.

Jaldón destierra de Puerto Cabello á todos los empleados de cuenta y razón del Ejército, los embarca atropelladamente en un buque mercante y remite á Maracaibo, á resultas de lo cual queda cortada toda cuenta del Ejército y toda intervención de la parte administrativa.—Algunos de estos empleados obtienen comisión en Maracaibo, de adonde son arrojados á la Habana por el general Morales desde el momento que se rehusan á autorizar desórdenes pasados y repugnan los que diariamente se cometían.



Motivos en que el Comandante de Marina funda la firmeza con que habla, y razones que le obligan á verificarlo así.—Comprobación de lo dicho y por la cual se descubre que el primer motor de todas las arbitrariedades y atropellamientos del inmoral Jaldón ha sido constantemente el general Morales, y se descubre el fin que este jefe se proponía seguir con estos atentados, cuyas funestas consecuencias se indican en seguida.

Llega á Puerto Cabello la esperada expedición de Puerto Rico, y en vez de traer algún socorro ó auxilio para el apostadero de Marina, sólo llegó para causarle gastos y embarazos. Promesas engañadoras de auxilios y socorros que el general Morales anuncia á los comisionados de Curazao y al Comandante de Marina ha de hacerles desde Maracaibo, siempre y cuando se presenten sobre la barra buques de guerra para escoltar los que debía tener listos y cargados en la Laguna. Tanto los comisionados como el Comandante de Marina tienen la sandez de creer en la sinceridad de las promesas del Sr. Morales, y este último se dirige, con todos sus buques y expedición del Sr. Calzada, desde Puerto Cabello á Curazao.

Mientras que en Curazao se ocupaba en habilitar los buques para bajar al saco, se aparece el comodoro Danells con dos corbetas y dos bergantines colombianos; dicho Comodoro comunica y baja al puerto de Santa Ana, y luego se remonta para barlovento.—Plan que concibe el Comandante de Marina para su próxima salida.

El día antes de la salida del Comandante de Marina del puerto de Curazao los vigías de la isla avistaron la división de Danells, que costeando su parte septentrional pasó de barlovento para sotavento.—Esta aparición le obliga á seguir al día inmediato hacia la boca del saco de Maracaibo con todos los buques, incluso la *Ligera*.—Certeza de esta aparición de la división de Danells y referencia del objeto que llevaba.

De qué modo se descubre la superchería del general Morales.—De sus resultas hubo de perecer la fragata *Ligera*, que milagrosamente pudo coger el puerto de Santiago de Cuba, en el cual se fué á pique.

El Comandante de Marina cree oportuno tener que referir de qué modo el general Morales se instaló con las tropas de su mando en la ciudad de Maracaibo, y ante todas cosas tributa á estas valientes tropas el debido y justo elogio que se merecen.—Refiere cómo el general Morales, habiendo hallado una imprenta en la Casa de gobierno de la ciudad de Maracaibo, se sirve de ella para extraviar la opinión pública, alucinar á la superioridad y que le sirviese de instrumento de venganza para desfogar sus sentimientos de odiosidad contra sujetos y corporaciones dignas de todo respeto y miramiento.—Con este motivo el Comandante de Marina hace una reflexión militar acerca del partido que un jefe de cabeza pudo haber sa-



cado de las tropas que mandaba el Sr. Morales, saliendo oportunamente de Maracaibo y dirigiendo sus operaciones por Santa Marta, y manifiesta la buena disposición de aquellos pueblos para favorecer la empresa, y los males horrosos que han tenido que sufrir por no haberles auxiliado en los espontáneos esfuerzos que su amor hacia nuestra justa causa les movió á practicar.

Se refiere la salida del general Morales de Puerto Cabello con la expedición, en demanda del saco de Maracaibo.—Disposición de varios buques por no tener dado de antemano punto de reunión.—Injusto destemple del general Morales con este motivo, que le hace producir públicos insultos contra el comandante de Marina.—Contestación llena de moderación y de dignidad que le da el Comandante interino del bergantín *Hércules*, D. Juan Gavasso.—Rencor que por ello concibe Morales, y se mencionan los anteriores injustos resentimientos de este General contra el benemérito Gavasso.

Reunidos los buques en el fondeadero de los Taques, el general Morales intenta desembarcar en este punto.—El enemigo manifiesta querer hacer con una débil fuerza alguna oposición en este punto; entonces es cuando desiste de esta idea y pasa á practicarlo á Cojoro, en la costa de la Guajira, en donde se pierden las dos flecheras *Nuestra Señora del Valle* y *Hércules*.—Manda el Sr. Morales en seguida que los buques pasen la barra de Maracaibo y entren en la Laguna.—Felizmente, el mal tiempo impide la ejecución de esta orden irreflexiva, y con mil apuros logran tomar el surgidero de los Taques.

Rápida y verídica relación de la marcha de las tropas desde Cojoro á Maracaibo, en la que se evidencia el amparo que la Providencia dispensó á estas beneméritas tropas, y cuán poco ó nada hizo el Sr. Morales para obtener resultados tan diversos de los que debían dimanar como consecuencia forzosa de su falta de plan, de ideas y don de mando.

Después de haber hallado un indio que indica adónde podrían nuestras tropas hallar agua, cuando estaban prontas á perecer de sed, encuentran asimismo un hombre que les sugiere el modo de ampararse de embarcaciones menores para pasar de una á otra orilla del río Socuy.—Natural reflexión que es consiguiente deducir de la inspección de la relación anterior.

Se cumple el anuncio dado por el hombre hallado en la orilla del río Socuy; llegan los esquifes y piraguas; se apoderan de ellos nuestras tropas, pasan el río, y desde entonces nada se resiste al valor y denuedo de ellas, y entran triunfantes en Maracaibo.

Posesionado de Maracaibo el Sr. Morales, y antes de hacerse dueño de



la fortaleza de San Carlos, pretendía hallar en la Laguna á los buques del mando de Echevarría, y, no encontrándolos fulmina órdenes las más inconsideradas á su secuaz Jaldón contra el mencionado Echevarría y Gavasso.—Conducta subordinada y meritoria de estos dos oficiales en esta ocasión.

De qué modo Echevarría apresa todos los buques de la Laguna. El General se hace cargo de todo, sin permitir intervención ni inspección de la Marina ni del tribunal de presas.— Para formalizar establemente la inhibición de toda autoridad de Marina en Maracaibo, y de sus individuos, nombra el general Morales á un coronel de dragones para condecorarlo con el título de comandante de Marina, el que, en uso de sus nuevas facultades, no encuentra inconveniente en el armamento y despacho de corsarios, sin abastecerlos de real patente de corso, contraseñas y más documentos, y sin otro alguno que un certificado del mismo coronel.—Reflexiones sobre las funestas consecuencias de estas inconsideradas determinaciones.

El almirante de Jamaica sir Carlos Rowley, que en todas ocasiones había dirigido sus reclamaciones directamente al Comandante de Marina de Puerto Cabello, reconoce esta vez cuál era el origen de estos desórdenes; prescinde, pues, de las fórmulas ordinarias del orden del servicio y las encamina directamente á Maracaibo al general Morales por medio de una corbeta de guerra, cuyo comandante pasa á la ciudad á abocarse con dicho General.—Se indica el modo soez é insultante con que recibe á este comandante, que, sofocado, echó mano al puño de su espada, é iba á seguirse una cruel escena, á no calmarla indecorosas sumisiones del Sr. Morales y la interposición de los circunstantes.

Indica las providencias hostiles que el Gobierno inglés fulminó contra los corsarios que el mismo Gobierno distingue apellidándolos «armados por el gobernador general de Puerto Cabello».

El Comandante de Marina recibe en Santiago de Cuba la noticia del cruel atropellamiento de su autoridad en Puerto Cabello, cometido por Jaldón en la persona del teniente de fragata D. Miguel de Valenzuela, y nota con dolor de qué modo se desplegaba la insana persecución que se preparaba á los desgraciados restos de la Marina de su mando quedados en la Costa Firme, y refiere la justa represalia que á su regreso á ella tenía meditada, y las circunstancias que, por generosidad de sentimientos, le embargaron la ejecución.

Manifiesta de qué modo el general Morales, abusando de la buena fe y credulidad del teniente de fragata D. Francisco Sales de Echevarría, lo lanza de Maracaibo y envía á Curazao, con el doble fin de separarlo del



conocimiento de la entidad é inversión de las presas hechas en la Laguna, y de deponer á D. Juan Gavasso del mando interino del bergantín *Hércules*, que le había conferido el Comandante de Marina.

El general Morales expide órdenes indirectas para subordinar los buques de guerra á las de cinco comerciantes españoles establecidos en Curazao y denominados in sólidum Junta de comisionados del general Morales.—Dos de éstos se presentan al Gobernador general de dicha isla pidiéndole el uso de la fuerza para impedir la salida del bergantín *Hércules* y goleta *Condor* del puerto de Santa Ana, cuando Gavasso la determinó en vista de muy justas y perentorias razones.

El Comandante de Marina se entera en Santiago de Cuba de todos estos males acaecidos en la Costa Firme, y, á pesar de ellos, de sus achaques y fatigas, no sólo no repugna volver á ella, sino que hace cuanto está á su alcance para su más pronto regreso, en lo que es activamente auxiliado por la autoridad del Excmo. Sr. D. Miguel Gastón.

Insignificantes marchas y contramarchas verificadas por el general Morales con sólo parte de sus tropas durante los ocho meses que permaneció en Maracaibo, y se explica con qué objeto emprendía estos efímeros é inoportunos movimientos.—Breve recapitulación de los principales desaciertos del general Morales hasta su capitulación y arribo á la isla de Cuba, y su negra intriga para ocultarlos é inculpar al Comandante de Marina.—Contraposición de la conducta del Comandante de Marina en este caso con la del general Morales.

Vuelve á ocuparse de la suerte de la importante plaza de Puerto Cabello, y refiere cómo al darle vista el día 1.º de Mayo de 1823, notó hallarse los enemigos posesionados de la batería alta del Trincherón por no haberla sabido destruir D. Juan Nepomuceno Jaldón, y asimismo la Vigía alta, por entrega que hizo de ella á los enemigos el capitán Ponte.—Halla la plaza sin haberse hecho nada para cubrir el frente oriental de su población, sin víveres, escasa de pólvora, sin la competente guarnición, y la poca tropa de mala calidad.—Manifiesta cuán expuesta se halló una porción de soldados, cabos, sargentos y oficiales de nuestro batallón de Leales Corianos, á ser sacrificados por los enemigos, por no guardar el Sr. Morales la fe de los tratados, y refiere el mal estado de los hospitales de la plaza, á todo lo que tuvo que atender el Comandante de Marina.

Paralelo del grado de aprecio que, respectivamente, hacían de la plaza de Puerto Cabello los generales Latorre y Morales, y se manifiesta la trascendencia que esta divergencia de conceptos ha influido en la opinión de ambos generales, de donde ha venido á resultar la total ruina de nuestros intereses en la Costa Firme.—Si bien el Comandante de Marina pudo sos-



tener la posesión de la plaza de Puerto Cabello mientras fué auxiliado por el general Latorre, se le hizo imposible verificar otro tanto contrariado por el general Morales.

Refiere lo que hizo á beneficio de la plaza de Puerto Cabello antes de su regreso á la Habana, y expone lo que no estaba á su alcance haber podido hacer en vista de anteriores providencias del general Morales.

Breve resumen de las causas que han mediado en la rendición de la plaza.—Da parte al Excmo. Sr. Ministro de Marina de haberse pegado fuego á la corbeta *Bailén* en el acto de tomar los enemigos posesión, por sorpresa, de la población, y por este mérito recomienda á D. José Picayo, Capitán de milicias regladas.

NUMERO 6

Carta del comandante de Marina del apostadero de Puerto Cabello D. Angel Latorre, al Ministro de Marina, fecha 6 de Abril de 1824, en justificación de sus actos. Extractada por el mismo.

Da parte al Excmo. Sr. Ministro de la Marina de las razones que ha tenido para dar una pública contestación al parte que el general Morales imprimió en Santiago de Cuba sobre las últimas ocurrencias de Maracaibo, antes de remitirlo al Excmo. Sr. Capitán general de la isla de Cuba, pues en él se le dirigen varias injustas inculpaciones.

En consecuencia, pasa á manos de S. E. tres ejemplares de dicha contestación: uno para S. M., otro para S. E. y el tercero para que obre adjunto á este oficio.

Incluye además un expediente mandado formar á su solicitud por el Excmo. Sr. Jefe superior de las fuerzas navales destinadas á la América septentrional, que contiene el conjunto de declaraciones de todos los oficiales del cuerpo de la Real Armada que pasaron á la Laguna de Maracaibo, de todos los comandantes de los buques de nuestra escuadrilla en la misma, y asimismo de los de nuestras fuerzas sutiles, comandantes, contadores y maestros de la fragata *Sabina* y corbetas *Ceres*, *Infanta Doña María Francisca* y *Safiro*, y la del maestro mayor de carpinteros y calafates del apostadero de Puerto Cabello.

Manifiesta la conformidad que resulta de la unanimidad de estas declaraciones con los partes dados por los jefes colombianos á su pretendido Gobierno, y con los que él mismo había dirigido con anterioridad á S. M., y la palpable contradicción de todos estos documentos con las falsas suposi-



ciones del general Morales en su mencionado parte, y sobre este particular hace varias reflexiones consiguientes.

Hace presente las razones que ha tenido para pasar á manos del general Morales un ejemplar de su contestación, y acompaña copia de la carta con que se lo ha remitido. — Cree necesario poner en noticia del Excmo. señor Ministro de la Marina el atroz insulto que el general Morales hizo á su reputación y buena fama al frente de banderas del ejército de su mando. — Indica cree haber dado á S. M. cuantos informes eran convenientes acerca de lo obrado militar y marineramente en las provincias de Venezuela; pero considera que no habiendo hecho referencia alguna de la parte económica y gubernativa, prevé que de esta omision van á seguirse grandes perjuicios al real erario si la superioridad no es oportunamente ilustrada sobre el particular. — Pone en noticia de S. E. se propone emprender esta tarea, é ínterin le indica el origen de los males que hay que precaver.

Finalmente, y en desempeño de su agregación á la Comisión de pacificación de las referidas provincias de Venezuela, se propone igualmente someter á la sanción de S. M. sus ideas sobre asunto tan interesante.

NÚMERO 7

Relación del combate de la goleta española «Condor» con la insurgente «Juanita». Parte oficial.

Excmo. Sr.: El día 5 del corriente mes al amanecer, hallándome al nordeste de punta Maternillos, á 40 millas de distancia, en la goleta de guerra *Condor* que V. E. puso á mis órdenes para el desempeño de la comisión que me tenía encomendada, me dió parte su comandante el alférez de fragata D. José Montojo de que una goleta de velacho, con señales de corsario, venía sobre nosotros; de acuerdo con él, dispuse no hacer movimiento para no darle á conocer nuestras fuerzas; pero así que estuvo á dos tiros de cañón, no pudo ocultársele que era éste un buque de guerra, y al momento se puso á ceñir el viento en vuelta del Nornordeste; inmediatamente tomé la misma vuelta, y con fuerza de vela emprendí la caza, largando la bandera colombiana, que igualmente largó y afirmó él. A las dos horas viró en vuelta del Sursueste, y yo le esperé al cruzar la bordada, en cuyo momento le hice fuego con la colisa, afirmando la bandera española, é inmediatamente viré sobre él. Viendo el enemigo que en la posición de bolina le sacaba alguna ventaja, se puso en popa, navegando



al Oesnoroeste; seguí su movimiento, y á poco rato me puse á tiro de metralla, y según la fuerza de las fugadas de viento, llegaba al de fusil, haciendo fuego de cada arma en su caso. Como dos horas duró la caza á tiro de cañón, haciéndole y recibéndole con actividad; y al punto del mediodía, habiendo refrescado el viento, viendo la buena disposición de la tripulación y á instancias del comandante Montojo, dispuse terminar la acción abordando al enemigo; éste, conociendo nuestra intención, se dispuso á recibirlo, y sostuvo un fuego vivísimo sobre nosotros; pero yo, que quería de un golpe decidir la acción, economicé los nuestros para momentos más importantes. El muy benemérito alférez de fragata D. Pablo de Llanes, encargado de los fuegos de la colisa, lo quedó entonces del primer trozo de abordaje, y el comandante Montojo, con el acierto y serenidad que le son propios, dirigió los movimientos del buque.

Serían las doce y media cuando, abordándole de proa por su portalón, haciendo una descarga general de artillería y fusilería, y á la voz de «¡viva el Rey!», saltaron á bordo del enemigo, donde cada uno de los individuos de esta goleta hizo prodigios de valor para rendir la tenacidad con que se defendían los colombianos, pues faltándoles municiones y rotas muchas armas blancas, se batían tirando á mano toda especie de efectos con que pudieran dañar á sus contrarios, llegando su desesperación hasta el caso de poner fuego al pañol de la pólvora; pero nuestra gente, que aun en lo más encarnizado del combate siempre estuvo pendiente de mi voz, acudió con agua tan oportunamente, que no consiguieron volar más que algunos cartuchos que tenían sobre la escotilla.

A la hora y media de carnicería terminó el combate por falta de combatientes, pues de 50 plazas que tenía el corsario sólo quedaron 24, y entre éstos muchos heridos, siendo de los muertos el comandante, el segundo y el escribano, mostrando en este momento su generosidad nuestra gente, pues no necesitaron de orden para no incomodar á los ya rendidos, y prodigaron sus cuidados á los que de éstos estaban heridos. Por nuestra parte hemos tenido 21, entre muertos y heridos de gravedad, contándose entre éstos el bizarro alférez de fragata D. Pablo de Llanes, que después de ser el primero que puso el pie sobre la cubierta del bajel enemigo, y de haber hecho por su mano un destrozo considerable, recibió un tiro de pistola en la cara que le llevó la mandíbula inferior.

Creo excusado recomendar á V. E. el mérito de este oficial, pues lo conoce bien, y no es la primera ocasión que muestra su excesivo valor y celo por el servicio del Rey. V. E., que es mejor regulador de las virtudes militares, sabrá apreciar las de Llanes, y hacer á S. M. la recomendación que se merece.



En el resto de la tripulación es muy raro el que no sacó una muestra de combate tan sangriento. Faltaría á la razón si no manifestase á V. E. el acierto, serenidad y valor que el comandante D. José Montojo manifestó desde el principio de la caza hasta concluir el combate, pudiendo servir de modelo y admiración. El oficial tercero del Ministerio de Marina, contador del buque, D. Antonio J. Fernández, se olvidó de su clase, y con sable en mano acudió á todas partes donde podía ser útil; el piloto D. Manuel Durán dió una prueba nada equívoca del buen concepto en que se le tiene, y sin particularizar á nadie, la tropa y la marinería, rivalizando entre sí, todos se excedieron, dirigidos por el ejemplo del sargento segundo de Marina Eugenio de Castro, del condestable Antonio Alonso y del contramaestre Casiano Mozo. Varios sujetos de Puerto Rico se transportaban en la goleta para esta ciudad; asistieron á todos los trabajos, se batieron y cuidaron de los heridos en unos términos que merecen elogios. El práctico del canal José Orduña, por su buen comportamiento en esta ocasión, es acreedor á que lo recomiende á V. E.

A mí, Excmo. Sr., no me cabe más gloria en este brillante suceso que la de haber sido espectador de tanto buen proceder, pues nadie tuvo necesidad de mi mandato, y la de ser quien dé á V. E. noticia de tan feliz acontecimiento, teniendo al mismo tiempo la satisfacción de presentar á V. E. los 24 prisioneros que quedaron vivos, y una embarcación que, aunque de poca fuerza, hubiera causado grandes daños á nuestro comercio por sus buenas propiedades marineras, y por el arrojo y tesón de los que la tripulaban.

El día 7, á las dos de la tarde, hallándome Norte-Sur con Cayo Bahía de Cádiz, avisté dos goletas por el Oesudoeste; procuré reconocerlas, y después de asegurado que una de ellas era corsario y de una fuerza muy superior á ésta, ceñí el viento con proa al Nornoroeste para conservar el barlovento; desde luego que ella emprendió cazarme. Al cabo de dos horas conocí que su andar era superior al de la presa, y por esta circunstancia, ó la había de perder, ó exponerme á perder los dos buques, en vista de lo cual di orden al piloto D. Manuel Durán, á quien encargué el mando de la presa, que virase en vuelta de tierra y procurase tomar el puerto de Matanzas ó éste, y que en caso apurado echase la colisa al agua. Viró efectivamente, y desde entonces pudo forzar de vela.

Serían las cinco cuando por la mura de sotavento descubrí cinco buques, de los cuales los dos más adelantados reconocí ser dos corbetas; en esta disposición, no me quedaba más esperanza que la noche; llegó ésta, y aprovechando algunos celajes que cubrían la luna, me puse en popa con toda vela en vuelta del Oesudoeste, para atracarme á la costa. Al ama-



necer del día 8 vi aún los buques de la tarde, antes por la aleta de sotavento, que me daban caza; como á las siete los perdí de vista, y á las nueve avisté á la división naval, mandada por el señor capitán de navío D. Angel Laborde, con quien comuniqué; y después de darle noticia del paradero de los enemigos, su señoría siguió en demanda de ellos y yo de este puerto; pero hallándome Norte-Sur con el de Matanzas, viendo algunas velas por sotavento sin reconocer, ser tarde y muy urgente la primera cura de los heridos que tenía en mucho número, me decidí á tomar este último puerto, desde donde he venido por tierra en desempeño de mi comisión, dejando allí la goleta *Condor*, con orden á su comandante que espere las de V. E., la presa, los heridos en el hospital y los prisioneros en tierra.

De los 21 entre muertos y heridos que hemos tenido nosotros, estos últimos quedarán la mayor parte inútiles; los recomiendo á V. E. para los premios á que los juzgue acreedores. El nombre del corsario apresado es *La Juanita*, mandada por Mr. Peneau, por enfermedad de Mr. Bernal, que era el dueño.

Dios guarde á V. E., etc. Habana 10 de Abril de 1824.—Excelentísimo señor.—*Ignacio María Chacón*.—Excmo. Sr. Comandante general del apostadero de la Habana.

Montejo y Llanes fueron promovidos al empleo inmediato por Real orden de 10 de Agosto, firmada por D. Luis María de Salazar.

